



por las calles del Viejo
SAN JUAN





San Juan

POR LAS CALLES DEL VIEJO

San Juan

 **MAPFRE** | PUERTO RICO

2008 MAPFRE

Prohibida la reproducción, en cualquier forma y por cualquier medio de esta edición.

Fotos

Felix L. Agosto, jr.: página 135 y 141

Ricardo Alcaráz: páginas 41, 48, 90 y 133

Gerardo Bartolomei: portada, contraportada, contenido y páginas 5, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 25, 27, 33, 34, 35, 37, 39, 40, 42, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 58, 59, 61, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 79, 80, 81, 82, 83, 86, 87, 88, 89, 91, 92, 93, 94, 95, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 117, 118, 119, 120, 121, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 134, 137, 138, 139, 145 y 146.

Elías Carmona: contenido, páginas 57, 59 y 82.

Daniel Kehlenbach: contenido, páginas 4, 32, 60 y 112.

Julio Rivera Torres: páginas 25, 43, 60, 122 y 138.

Jovanie O. Rosa: página 112.

Colección de La Fortaleza: páginas 26, 28, 29 y 31.

De la colección del Sitio Histórico Nacional de San Juan. Cortesía del Servicio de Parques Nacionales: páginas 6, 7, 8 y 9.

Colaboración literaria:

Dra. Sofía Irene Cardona

Agradecimiento:

Aída María De Ayala, Casa Blanca

Anina Rojo, Propietaria de La Mallorquina

Beatriz del Cueto, Conservation Architect, Pantel, del Cueto & Associates

Doris Díaz y Maritza Acevedo, Archivo Militar Arquitectónico,

Servicio de Parques Nacionales

Efraín Santiago, Oficina de la Primera Dama, Fortaleza

Fray Jimmy Casellas y María de Lourdes Massas, Iglesia de San Francisco

José Marull, Oficina Estatal de Conservación Histórica, Cuartel de Ballajá

Juan Ramón Fernández, Propietario de Nuyorican Café

Laura Quiñones y Grisalibelle Martínez, Instituto de Cultura Puertorriqueña

María Elena González, Administradora del Proyecto Iglesia San José

Mons. José Cummings, Catedral de San Juan

Mons. Leonardo Rodríguez, Arzobispado de San Juan

Para más información y aportación a la campaña de restauración de la Iglesia San José, puede comunicarse a: Comité de Restauración Iglesia San José, Arquidiócesis de San Juan, PO BOX 9021967, San Juan, PR 00902-1967.

ISBN: 978-0-615-24094-7

Edición:

Andrea Barrientos, Barrientos Consulting

Asistente de Edición:

Mayra Salvador, Barrientos Consulting

Diseño y diagramación:

Felix L. Agosto, jr.

Producción:

Barrientos Consulting, San Juan, Puerto Rico

IMPRESO EN HONG KONG

BARRIENTOS
consulting



C O N T E N I D O

La brisa y la ciudad amurallada7

Las más antiguas12

Los castillos, la gente y la muralla32

Los habitantes de San Juan.....42

Nuevas invasiones: La vuelta del Jíbaro.....86

San Juan a pie.....115







Queridos amigos:

Una vez más, como viene siendo tradición en estas fechas, hemos querido aportar nuestro granito de arena al conocimiento y divulgación de las maravillas que, como preciados tesoros, encierra Puerto Rico. En esta ocasión, hemos puesto todo nuestro esmero y cariño en plasmar en este libro, las emociones, imágenes, vivencias e historia de nuestro querido “Viejo San Juan”.

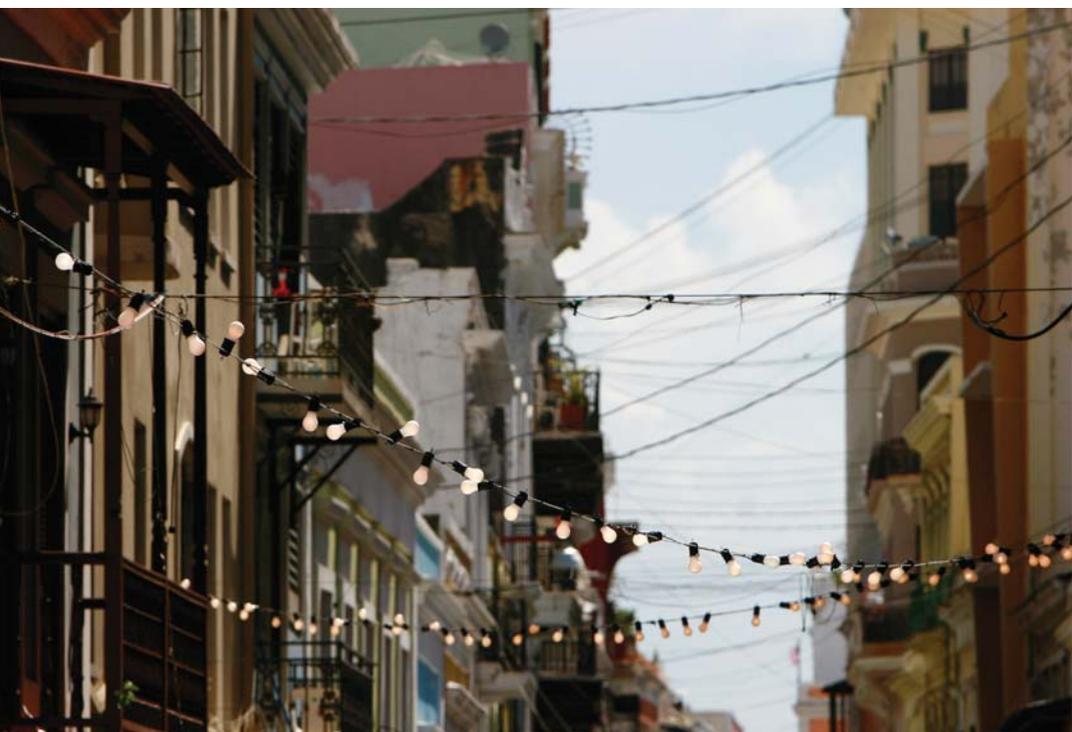
Caminar por el Viejo San Juan es apreciar el encanto de sus calles adoquinadas, sus plazas e iglesias y como no, sus coloridas casas coloniales con la hermosura de sus balcones y patios interiores. Caminar por el Viejo San Juan, es caminar por el pasado, admirando un legado histórico con más de cinco siglos de vida. Destacan el “Fuerte San Felipe del Morro” y el “Fuerte San Cristóbal”, vestigios defensivos que protegían la ciudad de los frecuentes ataques que sufría esta preciada posición en el Caribe. Por su representatividad, no podemos olvidar en esta estructura defensiva, la famosa “Garita” que se ha convertido en un símbolo no solo del Viejo San Juan, sino también de Puerto Rico.

Para todos los que tenemos la fortuna de vivir en Puerto Rico, un paseo por el viejo San Juan es un privilegio lleno de agradables sensaciones. Este libro, seguro que nos permitirá refrescar allá donde estemos esos buenos momentos y será además una invitación para que aquellos que no lo conocen se tomen el tiempo para descubrir tan preciado tesoro.

Para finalizar, no quiero dejar pasar esta ocasión sin agradecer el esfuerzo y dedicación a todos los que contribuyen cada día a hacer más grande a MAPFRE. Para nosotros el 2008 ha sido un año muy especial pues hemos celebrado el 75 Aniversario de nuestra Compañía, logro que nos hace sentir sumamente orgullosos a todos y que es una motivación adicional para seguir escribiendo la historia de esta Compañía. Porque para MAPFRE, “ser grande no es solo una cuestión de tamaño, ser grande es una actitud”.

Felices Fiestas y Próspero 2009.

Raúl Costilla
President & CEO



La brisa y la ciudad amurallada

Podría decirse que fue la brisa la que colocó la ciudad en la isleta. Cuenta la historia que, tras un crudo debate entre los pobladores de Caparra, se determinó mudar el poblado a la isleta al otro lado de la bahía, aun contra la voluntad del gobernador, don Juan Ponce de León.

Hartos de los mosquitos, cocinándose a fuego lento en el vapor del trópico, temerosos de los sorprendidos ataques enemigos, los primeros colonos miraban con ilusión el fresco islote en lontananza. El Gobernador Juan Ponce de León, interesado en asegurar la provisión de agua dulce y la mano de obra para los cultivos, pensaba más en la extensión de su dominio tierra adentro, que en el tránsito de los barcos mar afuera. La Corona, sin embargo,



Página izquierda: Viejo San Juan, fuertes y murallas de Puerto Rico:
Mapa de la ciudad y sus fortificaciones, 1678 (en tela), Luis Venegas Osorio.

Página derecha: Puerta de San Juan, Colección Gambell, 1898.



Puerta de Santiago o Puerta de Tierra, Colección Alonso, última década del siglo XIX.



Calle Luna de la ciudad de San Juan, Colección Alonso, última década del siglo XIX.



reivindicó la voluntad del resto de los pobladores y ordenó el traslado de la primera villa a la natural atalaya de la isleta en 1521. Si consideramos que una ciudad determina la naturaleza de sus habitantes, tal como los habitantes determinan la naturaleza de su ciudad, otra hubiera sido nuestra historia y nuestra idiosincrasia si Ponce de León hubiera prevalecido.

La recién nacida ciudad debió defenderse no sólo de mosquitos, huracanes y ataques indígenas sino también de corsarios, piratas y ejércitos enemigos. Los galeones que transportaban el tesoro de la Corona Española recalaban en el puerto de San Juan, “Llave de las Indias”, en su paso hacia Europa. La ruta tenía el beneficio de los vientos alisios que soplan constantemente en el Caribe y el del puerto, por la profundidad de sus aguas. Esta amenaza constante explica la muralla y las fortalezas, que le dan a la isleta el aspecto de una nave encallada en un puerto.

Como en toda ciudad española, se trazaron sus primeras calles en torno a los fuertes, el puerto y la iglesia. San Juan, cercada por su muralla, creció intramuros por cuatro siglos,

Página izquierda: Vista de la antigua Puerta de San Juan, data de 1520, es una de las entradas originales que quedan en la muralla de la ciudad. En la parte superior se avista La Fortaleza, residencia del Gobernador de Puerto Rico.

Página derecha: Nombre de diversas calles del Viejo San Juan, muchos de ellos están pintados en losetas. Como en tantas ciudades coloniales españolas, algunos de los nombres corresponden a la capilla localizada en ese camino o a los principales astros celestes. Alguna vez la Calle O'Donnell fue Calle Estrella.





Detalle simétrico de las puertas de Casa Blanca, una de las primeras edificaciones construidas en el asentamiento de San Juan en la isleta.

transformándose según los vaivenes de la historia, hasta que se desbordó por la puerta de tierra a finales del siglo XIX. En 1897, un año antes del ataque del ejército norteamericano, se derribó la sección oriental de la muralla para dar paso al nuevo desarrollo de la ciudad.

Las más antiguas

La historia de San Juan queda cifrada en sus edificaciones, entre las que se encuentran todavía antiguas construcciones góticas de comienzos de la colonización, enclaves militares del siglo XVII, edificios civiles, religiosos y residenciales de los siglos XVIII y XIX.

La más antigua de las edificaciones conservadas es conocida como la Casa Blanca. Este primer fuerte se mantuvo como propiedad de los herederos de Ponce de León hasta mediados del siglo XVIII, cuando pasó a ser residencia del alto mando militar español.





Entrada a Casa Blanca y a sus jardines.



Parte del salón principal de Casa Blanca, hogar de Juan Ponce de León, primer hogar de la familia Ponce de León, descendientes del primer gobernador de San Juan.



Ambientación de la cocina de Casa Blanca con utensilios antiguos. La mayor parte de estos artefactos fueron traídos por iniciativas y gestiones de don Ricardo Alegría.



Detalle de la marca que llevaban los ladrillos fabricados en la isla y que cubren el piso de Casa Blanca.



Comedor de Casa Blanca, con una decoración muy similar a la de la época en el siglo XVI.

Hoy exhibe muebles y objetos de los siglos XVI y XVII dispuestos a la manera que, según documentos históricos, se acostumbraba en la época. Desde sus ventanas puede avistarse fácilmente la Fortaleza, el litoral al otro lado de la Bahía y un frondoso jardín que colinda con los campos del Morro.

En terrenos de la familia Ponce de León, en la parte más alta de la isleta, se erigieron el Convento de los Dominicos y la Iglesia de Santo Tomás, hoy Iglesia de San José. Los frailes dominicos comenzaron las obras del Convento en 1523, al poco tiempo de la mudanza de Caparra, y ya para 1530 estaban casi concluidas. La edificación sirvió de refugio, contra huracanes y ataques enemigos, a los primeros pobladores de la ciudad. El Convento se mantuvo en manos de la orden dominica hasta 1836, cuando pasó al gobierno español y se utilizó como cuartel militar. Hoy alberga



la Galería Nacional, que exhibe valiosas obras del arte puertorriqueño desde el siglo XVIII hasta mediados del siglo XX, incluyendo una valiosa colección de tradicionales santos de palo.

La Iglesia de Santo Tomás, por otro lado, empezó a construirse en 1532 y continuó ampliándose hasta el siglo XIX. La advocación de la iglesia a San José se hizo a mediados de ese siglo, bajo la tutela de la orden jesuita. Hace una década fue clausurada, por su avanzado deterioro, y actualmente está en curso una meticulosa restauración. A sus

alrededores suele pasar la multitud en fiesta, durante las celebraciones de la Calle de San Sebastián, los bulliciosos martes de Galería y los varios festivales que se celebran en la plaza adyacente, del mismo nombre.

En una cripta familiar bajo el altar de esta iglesia se mantuvieron los restos del conquistador Juan Ponce de León,



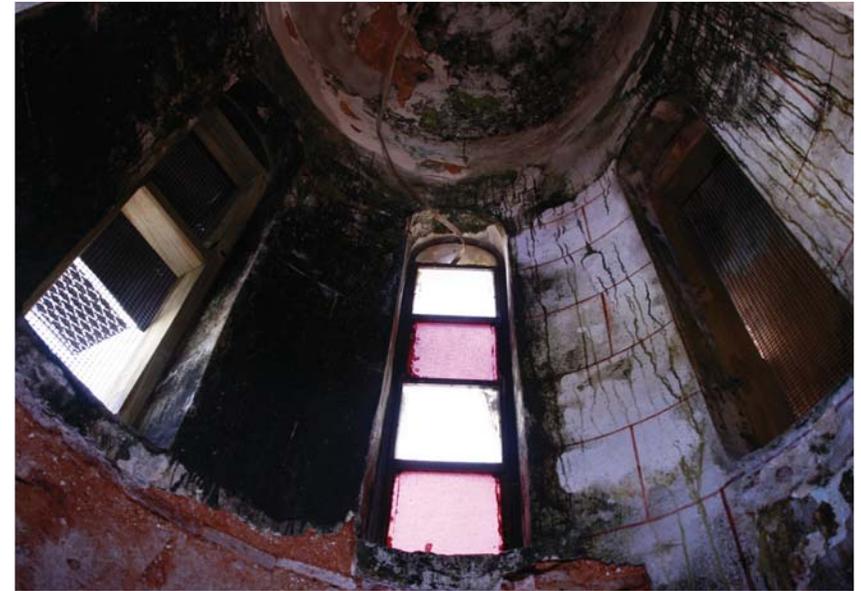
Monumento de la tumba de Juan Ponce de León ubicada en la Catedral de San Juan.



muerto en La Habana en 1521, hasta su traslado a la Catedral de San Juan a principios del siglo XX. Un monumento en una de las paredes de la Catedral conmemora el evento. También descansan, en otra de las cinco criptas de la Iglesia San José, los restos del maestro José Campeche, primer pintor puertorriqueño del siglo XVIII. Obras suyas y del segundo gran pintor puertorriqueño Francisco Oller, adornaban la iglesia de San José. El templo, de hecho, ha sido considerado como la primera pinacoteca del país, por las obras de arte religioso que conservó en su recinto a través de los siglos.

La Iglesia de San José no sólo sufrió los estragos del tiempo y el clima, también fue víctima de ataques y saqueos contra la ciudad, el último: el bombardeo del ejército estadounidense en 1898. La segunda más antigua del hemisferio occidental y la única muestra del gótico tardío en América, esta iglesia fue incluida en la “World Monuments Watch List”, una organización que vela por la preservación de preciados espacios alrededor del mundo, en peligro de desaparecer.

El Arzobispado de San Juan ha creado un “Proyecto de Conservación de la Iglesia San José”. En él colaboran patrocinadores de



Cúpula de la capilla de Nuestra Señora del Rosario, en la Iglesia San José.



Fachada de la Iglesia San José, la segunda más antigua de Latinoamérica, actualmente en proceso de restauración.



En las sucesivas restauraciones de la Iglesia San José se han develado pinturas de diversas épocas conservadas por capas de cal, como este fresco del siglo XVII, el más antiguo de Puerto Rico: San Telmo patrón de los navegantes.

diversas organizaciones independientes, comerciales y educativas, además de recibir ocasionalmente alguna asistencia gubernamental. Expertos y académicos de programas de conservación y restauración de la Universidad de Pennsylvania y la Nueva Escuela de Arquitectura de la Universidad Politécnica, colaboran en los trabajos.

La restauración ha develado apreciables tesoros del pasado, como el fresco de San Telmo, patrón de los navegantes, y las enigmáticas sirenas de la cúpula en la Capilla de Nuestra Señora del Rosario, del siglo XVII.

San Pedro González Telmo fue un santo dominico del siglo XII que tuvo gran devoción en el XVI como patrón de los navegantes. Se le representa sosteniendo una galera en una mano y, en la otra, una vela que representa los llamados “fuegos de San Telmo”. El motivo común del mar es evidente



Otras de las pinturas descubiertas son cuatro enigmáticas sirenas de la cúpula en la Capilla de Nuestra Señora del Rosario, del siglo XVII.

en esta primera iconografía. Las imágenes de las sirenas, buenamente conservadas bajo siete etapas de pintura, revelan la mezcla de temor y admiración que debieron sentir los primeros pobladores por el batiente mar, siempre a la vista. No sorprende, pues, el relato legendario de la tabla flamenca del siglo XVI, que representa a la Virgen de Belén, milagrosamente hallada sobre las aguas por la hija de Ponce de León. Durante cuatro siglos se



le rindió culto a la tabla flamenca de tradición milagrosa, hasta su hurto en 1972. Una historia parecida inspirará la leyenda del Cristo del Buen Viaje, de la Iglesia San Francisco, rescatado del mar en el siglo XVIII.

La Iglesia San José, por lo pronto, espera, quieta y muda, el momento de abrir sus puertas nuevamente. Ahora la voluntad y el conocimiento de arquitectos, historiadores y defensores del patrimonio cultural, más que la moderna estructura que apuntala las bóvedas dobles de piedra, son los que sostienen la esperanza de la recuperación de este monumento.

Cuentan que el primer Monseñor Alonso Manso en 1521, pretendía que la nueva Catedral sanjuanera alcanzara en grandeza a la sevillana. Después de huracanes, olvidos administrativos y ataques incendiarios, no fue hasta el siglo XVIII que se concluyó su construcción. En la plaza frente a la Catedral, que hoy ocupan esculturas contemporáneas y buena sombra, se inició la vida urbana de San Juan.

Actualmente la Catedral es escenario de celebraciones solemnes, además de tener, como en las otras seis iglesias de la ciudad, una activa feligresía. Varias de las fiestas populares que se celebran en el casco sanjuanero tienen su origen en celebraciones religiosas, como las Fiestas de la Calle de San Sebastián que, para muchos puertorriqueños, cierran el periodo navideño el tercer fin de semana de enero.

La Fortaleza o Castillo de Santa Catalina es, junto a Casa Blanca y la Catedral, otra de las primeras edificaciones, destinada a ser morada del gobernador y principal fuerte de la isleta. Una vez construida, a muchos les pareció una desafortunada decisión. Dotada de una hermosa vista a las aguas y tierras de la otra orilla, dejaba, sin embargo, descuidada la entrada principal a la bahía. En el siglo XVI comentaba Oviedo en sus crónicas que “sólo hombres ciegos hubieran escogido tal lugar para una fortificación”. El visitante podría pensar que todavía buscaban la brisa.



La Catedral de San Juan, data de alrededor del 1520, es un ejemplo de arquitectura neoclásica y una elegante iglesia. Esta estructura es el lugar de entierro de Juan Ponce de León.



Nave central de la Catedral de San Juan.



Salón Azul de la Fortaleza, recibe su nombre de la tonalidad que domina las paredes, el cortinaje y el tapizado de los muebles. Sirve como antesala al Salón de Recibo o Salón de los Espejos.

Allí han residido, a través de tres siglos, los gobernadores de Puerto Rico. Según fue desarrollándose la ciudad, la Fortaleza fue quedándose arrinconada, y hoy resulta algo desconcertante que el poder resida, literalmente, en un lugar tan discreto y esquinado. Sin embargo, consideremos a su favor que en algún momento de la historia resultaba convenientemente ubicada para avistar los barcos atracados en el puerto y enterarse, desde allí, de quién entraba y salía de San Juan.

Se dice que en 1898, momentos antes de abandonar para siempre el último reducto del Imperio Español en América, don Manuel Macías y Casado, entonces gobernador de la isla acosada por las fuerzas de guerra norteamericanas, descargó toda su ira contra el antiguo reloj de pie que marcaba las horas en el Palacio de Santa Catalina. En medio del saqueo del ejército vencido, el mandatario no percibió el alcance simbólico de su sablazo. El tiempo había terminado para el Imperio Español exactamente a las 4:28 de la madrugada. Desde los balcones de la Fortaleza, podía verse todo el despliegue bélico de la armada del joven país que ahora implantaba su dominio en la isla. Gobernadores



Entrada principal a la Fortaleza, residencia del Gobernador de Puerto Rico.



Salón de los Espejos de la Fortaleza, es el segundo de mayor tamaño e importancia después del Salón de Corte y se usa principalmente para recepciones de gala y actividades protocolarias y sociales.



Detalle de la galería sur del Comedor de Estado en la Fortaleza, donde se pueden apreciar los cristales de colores entre las persianas y sus pisos de mármol italiano, que crean un ambiente especial y acogedor.

El comedor de estado

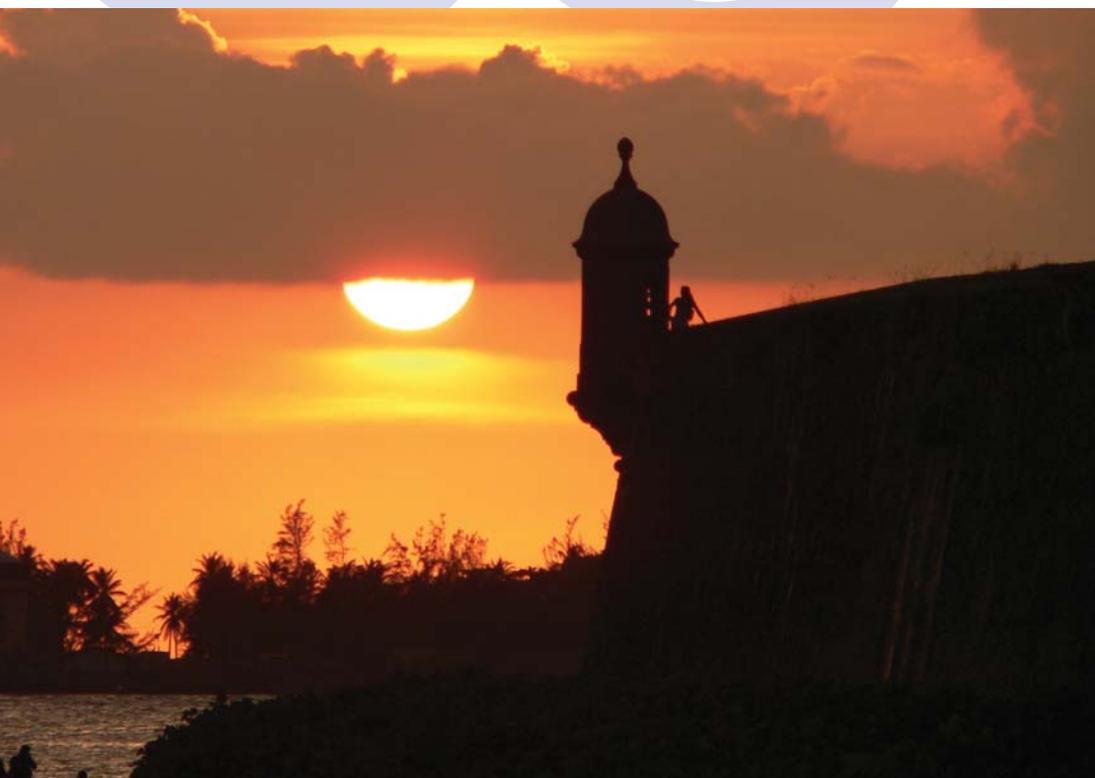
Aquí aparece adornado para una fiesta de Navidad, pero aún detrás de las velas y el rojo puede apreciarse el ambiente acogedor de un salón hogareño. Tal vez sean las vigas, la luz, la textura de la madera, los que disfrazan de intimidad el comedor oficial de la Fortaleza.

Aunque el espacio aparece designado en los planos de la Fortaleza del siglo anterior, no fue hasta mediados del siglo XIX que se habilitó para comedor, con galerías, persianas con cristales de colores, paredes forradas y vigas de ausubo, entre otras mejoras que

lograron convertirlo a través de los años en un espacio íntimo y acogedor.

La mesa ovalada de caoba que preside el salón y acomoda hasta cuarenta comensales, es obra del ebanista puertorriqueño Ricardo Naveira. A esta mesa han acudido variadas personalidades a cenas oficiales de Estado, como el aviador Charles Lindbergh, John F. Kennedy, los Reyes de España, Juan Carlos y Sofía, Jean Bertrand Aristide y el Premio Nobel de la Paz, Oscar Arias, entre otras.





Una de las garitas del Castillo del Morro, construidas para la vigilancia militar.

estadounidenses ocuparían La Fortaleza por varias décadas hasta la instauración de un gobierno civil en manos de los puertorriqueños. Una vez más, desde aquel privilegiado asentamiento, podía percibirse cómo la historia hacía de las suyas.

Medio siglo después, la Fortaleza se le entregó al Gobierno de Puerto Rico toda pintada de blanco, como una nueva página de los tiempos. La secuela de gobernadores electos se afanó en amueblar el Palacio de Santa Catalina como si se estuviera inventando un país. Cuentan que doña Inés, esposa de Luis Muñoz Marín, primer gobernador electo por los puertorriqueños en 1948, estudiaba los planos del Castillo y tanteaba paredes en busca de habitaciones perdidas. Así fue que encontró, en la segunda planta de Santa Catalina, la antigua cocina del fuerte. El legado histórico también se iría recuperando, como la cocina de Fortaleza, en una afortunada combinación de deseo, inteligencia y tenacidad. La conservación del Palacio de Santa Catalina está hoy en manos de un patronato creado para esos fines.

Los castillos, la gente y la muralla

El Castillo del Morro y el Fuerte de San Cristóbal todavía asombran al visitante moderno. Ambos constituyen parte de un sistema de murallas que ocupaba toda la isleta,

desde las defensas del puente que comunicaba con la isla grande y las primeras líneas de defensa terrestre hasta el Morro, a la entrada de la bahía.

El Castillo del Morro, construido en el siglo XVI, aprovecha la defensa natural de los arrecifes y se eleva en la punta de la isleta, como el hocico de un animal. Sus gruesas paredes extienden la frontera natural y elevan el fuerte hasta ciento cuarenta pies, en varios niveles que facilitan el ataque contra el enemigo: los inferiores para alcanzar la nave y las velas, los más altos para alcanzar objetivos en tierra. Su posición estratégica fue útil aún para los militares norteamericanos del siglo XX que colocaron allí puestos de observación. Valga decir que en 1898 el fuerte resistió el embate de las fuerzas estadounidenses que prefirieron invadir la isla por el suroeste. Sus amplios terrenos, inicialmente destinados a ejercicios militares, han sido también campo de golf de los militares norteamericanos, parque de pelota para los sanjuaneros de principios de siglo y lugar de pasadías

familiares, citas amorosas y vuelo de chiringas o volantines para buena parte de los puertorriqueños.

El Morro defendía la bahía de incursiones por mar, el San Cristóbal, de incursiones por tierra. Varios ataques terrestres confirmaron la necesidad de defender esta área de la ciudad y en 1634 comenzó la construcción del Castillo de San Cristóbal, considerado una obra maestra de la ingeniería militar del siglo XVIII. Aún hoy pueden recorrerse sus galerías mineras, preparadas para ser demolidas gradualmente en caso de una incursión terrestre. Los túneles y rampas, con sistemas de ventilación, comunican todos los niveles del fuerte. Se dice popularmente que este sistema de túneles se extiende bajo la ciudad y comunica las principales edificaciones. Pero el dato queda entre los misterios de la ciudad. También sus paredes guardan otras historias. En uno de los calabozos se conserva todavía la imagen de cinco galeones españoles que, según las crónicas, dibujó un capitán sevillano, preso allí a principios del siglo XIX.

Entrada principal al Castillo del Morro, construido desde 1539 hasta 1787, tiene seis niveles de estructura. Fue designado Patrimonio de la Humanidad en 1993.





Parte de la muralla del Morro, en la punta de la Bahía de San Juan, que antiguamente era la única entrada y salida de barcos y botes de pescadores.



Castillo de San Cristóbal, es la fortificación militar más grande de las Américas. Su parte más antigua se construyó en 1634 y fue rediseñada en 1783. Fue nombrado Patrimonio de la Humanidad en 1983.

La Garita del Diablo

En el Castillo de San Cristóbal, casi llegando al mar, está la famosa Garita del Diablo, el punto más solitario de la muralla, originalmente llamado Fuerte del Espigón, uno de los pocos remanentes de la construcción original del siglo XVII. Su aspecto solitario y tenebroso, siempre acechado por el batir de furiosas olas, provocó la imaginación de los sanjuaneros que transformaron la deserción de un soldado español en un rapto infernal. Cayetano Coll y Toste, escritor puertorriqueño nacido en 1850, transformó a su vez la leyenda popular en una historia de amor entre el español y una criolla sanjuanera. De una u otra forma, el apartado puesto de vigilancia pasó a formar parte de los espacios mágicos de San Juan.



Las fortalezas hicieron lo que pudieron. Con todo, San Juan sufrió duros ataques de huracanes y fuerzas enemigas que dejaron cicatrices en la ciudad y en la memoria de sus habitantes. En el peor de todos, en 1625, los holandeses incendiaron la ciudad antes de abandonarla y arrasaron con buena parte de las construcciones originales. En esta defensa fue clave el solitario Fortín de San Jerónimo del Boquerón, a la salida de la isleta, hoy atrapado entre los territorios del Hotel Caribe Hilton y un polémico proyecto residencial que ha revivido las discusiones sobre la conservación histórica y el desarrollo urbano.

La modernidad también hizo de las suyas antes del cambio de soberanía. Un año antes de la invasión norteamericana, la ciudad se expandía a través de Puerta de Tierra en dirección a la isla grande: Miramar, Santurce y el Condado. Se abría entonces la ciudad amurallada, como desparramándose hacia el resto del país. Los hacinados sanjuaneros celebraron el derribo de la muralla como una promesa de futuro. La isleta de San Juan sufrió nuevas heridas.

Con la fundación del Estado Libre Asociado en 1952 y, tres años después, del Instituto de Cultura Puertorriqueña, el Viejo San Juan comienza a asumir su carácter de patrimonio histórico y cultural. Espacio de resistencia y de imaginación, en el casco de San Juan coexistieron barrios populares, puerto, estación ferroviaria, almacenes de mercancías, gobierno, bancos, academias, iglesias y mar. El Instituto de Cultura Puertorriqueña, dirigido por el antropólogo sanjuanero Ricardo Alegría, comienza su cruzada para la conservación de los edificios históricos, enfrentándose a cuerpos militares y políticos, afanes personales e intereses comerciales.

Buena parte de los monumentos de la ciudad le deben su conservación a la iniciativa de personalidades como don Ricardo. A principios del siglo XX, varios de los edificios históricos de San Juan todavía estaban en manos del Ejército de Estados Unidos. Cuenta don Ricardo Alegría que fue él quien, en un paseo por la ciudad, convenció al Senador James William Fulbright de la necesidad de devolver estos edificios históricos a los puertorriqueños. La Casa Blanca, por ejemplo, estaba entonces habitada por altos oficiales norteamericanos y sus familias. Las



Vista panorámica del Viejo San Juan, con el Morro en primera instancia.

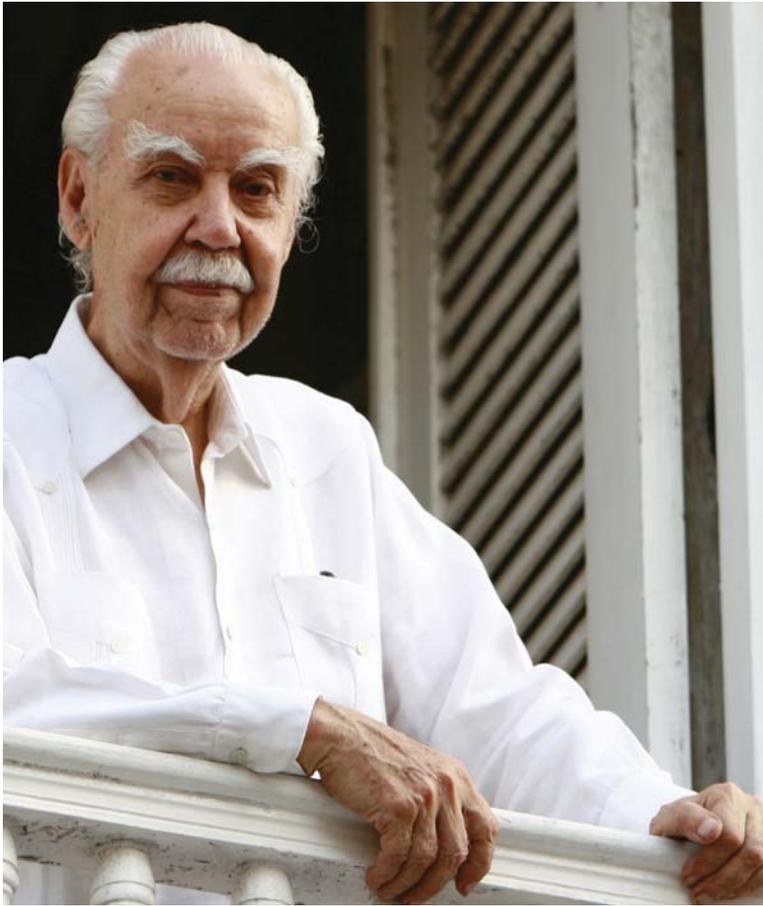


La muralla, frente a la Bahía, está rodeada por un paseo desde el cual disfrutan el paisaje marino los visitantes puertorriqueños y los extranjeros.



La calma del mar de la bahía y su compañera de siglos, la muralla, en un anochecer de San Juan.

caballerizas eran garajes para sus vehículos e incluso una cuadra residencial junto a la plaza San José fue demolida para usarse de estacionamiento. A medida que la ciudad se desmilitarizó, los edificios pasaron a manos puertorriqueñas



El antropólogo sanjuanero Ricardo Alegría, fundador del Instituto de Cultura Puertorriqueña, ha realizado, a través de su vida, valiosas gestiones para la conservación de los edificios históricos del Viejo San Juan y el patrimonio nacional.

y se comenzó a legislar a favor del mantenimiento de la zona histórica. El paisaje se fue modificando. El 6 de diciembre de 1983, el sistema de fortificaciones de San Juan fue incluido en la lista de Patrimonios Mundiales de la UNESCO como patrimonio de la humanidad, dándole más fuerza a la causa de la conservación.

Pero San Juan no es sólo museo ni símbolo nacional, sino un espacio vivo y, como tal, inquieto, escurridizo y, en ocasiones, perturbador.

Los habitantes de San Juan

El Viejo San Juan ha tenido entre sus residentes a un nutrido grupo de individuos distinguidos en la historia, la política y la cultura puertorriqueñas, a través de los tiempos. En las tarjas de la ciudad se conmemora la presencia de personajes ilustres como el compositor Manuel Gregorio Tavárez, padre de la danza puertorriqueña o nuestro primer representante a las cortes españolas, Ramón Power y Giralt. Se conoce además, sin monumento que lo recuerde, que ha sido residencia de muchos escritores, políticos y artistas de la



Uno de los cañones del Morro, apuntando hacia la bahía. Al fondo, Isla de Cabras.



Calle del Cristo, vista desde abajo.



El dominó es un juego típico que ha sobrevivido en las plazas de la vieja ciudad, como pasatiempo favorito de los sanjuaneros, sobre todo entre los mayores.





Curiosa escultura en el Parque de las Palomas del artista Chemi Rosado.



Calle Norzagaray, que bordea la muralla noreste hasta llegar al Morro.



El Paseo de La Princesa que bordea la muralla recibe miles de visitantes, puertorriqueños y extranjeros, que disfrutan de las vistas de la bahía.



Fachadas de la Calle San Justo.

El Cristo del Buen Viaje

Lospanteones de la ciudad guardan los restos de habitantes de todos los tiempos de la ciudad. En la pequeña cripta de la Iglesia San Francisco, por ejemplo, comparten los muertos de varios siglos, desde principios del XVIII. En su altar se conserva desde 1756 el Cristo del Buen Viaje, otro objeto milagroso que viene del mar, como la Tabla de la Virgen de Belén. Se dice que “a él se le debe invocar cuando iniciamos una travesía, sea corta o larga, tranquila o arriesgada”. Un mural colorido, restaurado gracias a los esfuerzos de los parroquianos, custodia el crucifijo. Cuentan que los vecinos de San Juan lo encontraron flotando frente al Morro y consideraron su milagrosa aparición

como un designio divino. Desde hace dos siglos preside el altar mayor y protege a sus devotos de todo naufragio. ¿Qué otra cosa podía esperarse de los pobladores de una ciudad isla tan expuesta a las inclemencias del mar y las batallas entre poderosos?

El altar también encierra una historia contemporánea. El rostro del ángel corresponde a un feligrés sanjuanero, Elías Agustín Marrero, que falleció después de una larga enfermedad mientras se restauraba el muro del altar. La comunidad, en aprecio a su memoria, decidió incorporar su imagen a la representación de un ángel que custodia el crucifijo. Las leyendas de la vieja ciudad se unen a la historia más reciente.





Pequeña cripta de la Iglesia San Francisco, donde comparten el espacio difuntos desde principios del XVIII. El más antiguo es el Brigadier Don Juan San Just, que nació en 1793 y murió en 1836. El más reciente es del año 2003.



Reja del portón de la Catedral, con un detalle del Cristo crucificado.





Las banderas puertorriqueñas ondean constantemente junto a esculturas fúnebres y religiosas, sobre las tumbas de próceres y célebres personajes de Puerto Rico en el Cementerio Municipal Santa María Magdalena de Pazzis.

sociedad puertorriqueña. En el Viejo San Juan vivieron los escritores Tomás Blanco, René Marqués y Luis Rafael Sánchez, la poetisa Clara Lair, el líder nacionalista Pedro Albizu Campos, el pintor Rafael Tufiño, entre otros.

El Cementerio Municipal de San Juan, Santa María Magdalena de Pazzis, a la orilla del mar, vecino del Morro y el Barrio La Perla, conserva los restos de importantes puertorriqueños. Las tumbas de líderes políticos nacionalistas como Gilberto Concepción de Gracia y Pedro Albizu Campos, renombrados artistas como los compositores Rafael Hernández y Noel Estrada, los cantantes Daniel Santos y Mirta Silva, y los escritores puertorriqueños René Marqués y Francisco Matos Paoli, entre otros, han conformado un soleado panteón a la Patria. Las banderas puertorriqueñas ondean constantemente con la misma brisa que trajo a los primeros pobladores a San Juan.

El Viejo San Juan es todavía residencia de artistas, escritores, estudiantes, teatreros, músicos, profesores universitarios, políticos, líderes comunitarios, entre otros, que han insistido, aún contra la conveniencia del confort moderno, habitar en la vieja ciudad. Ajenos a los hábitos comunes del resto del país, entran y salen de la ciudad en taxi, transportación pública o vehículos privados que han entregado



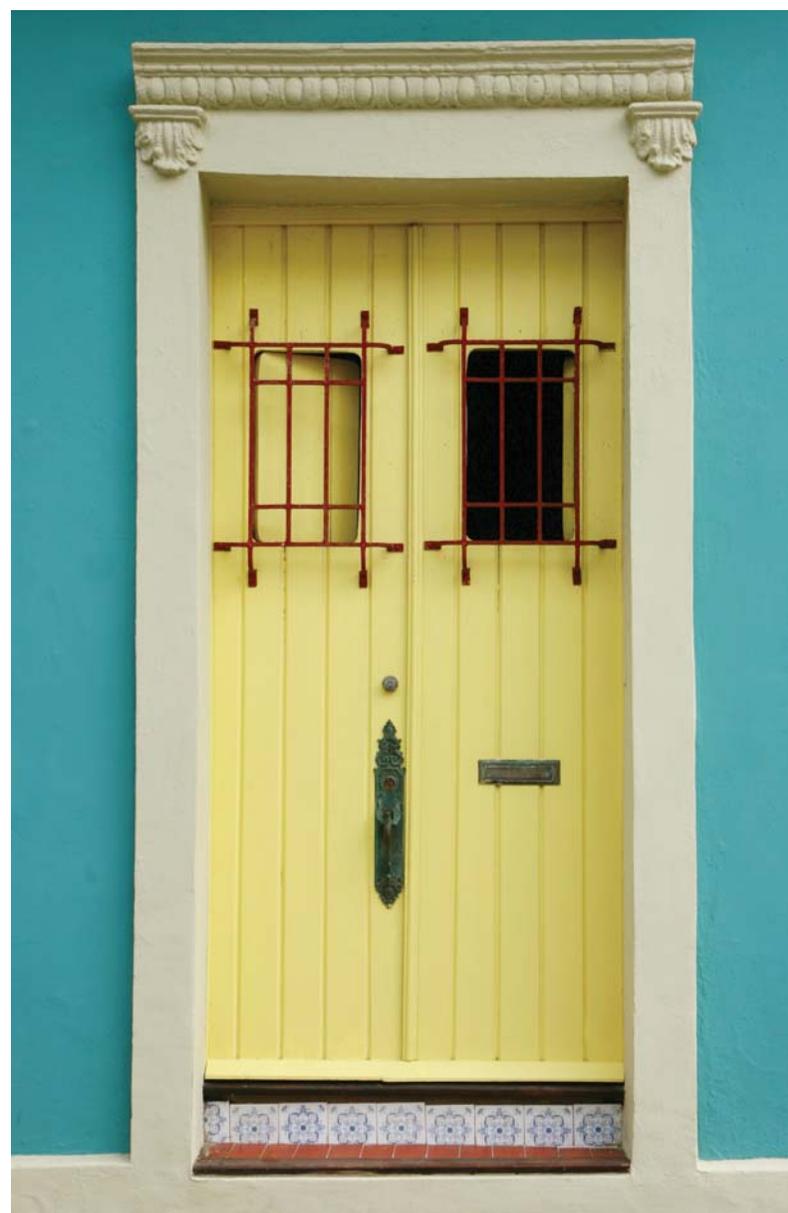
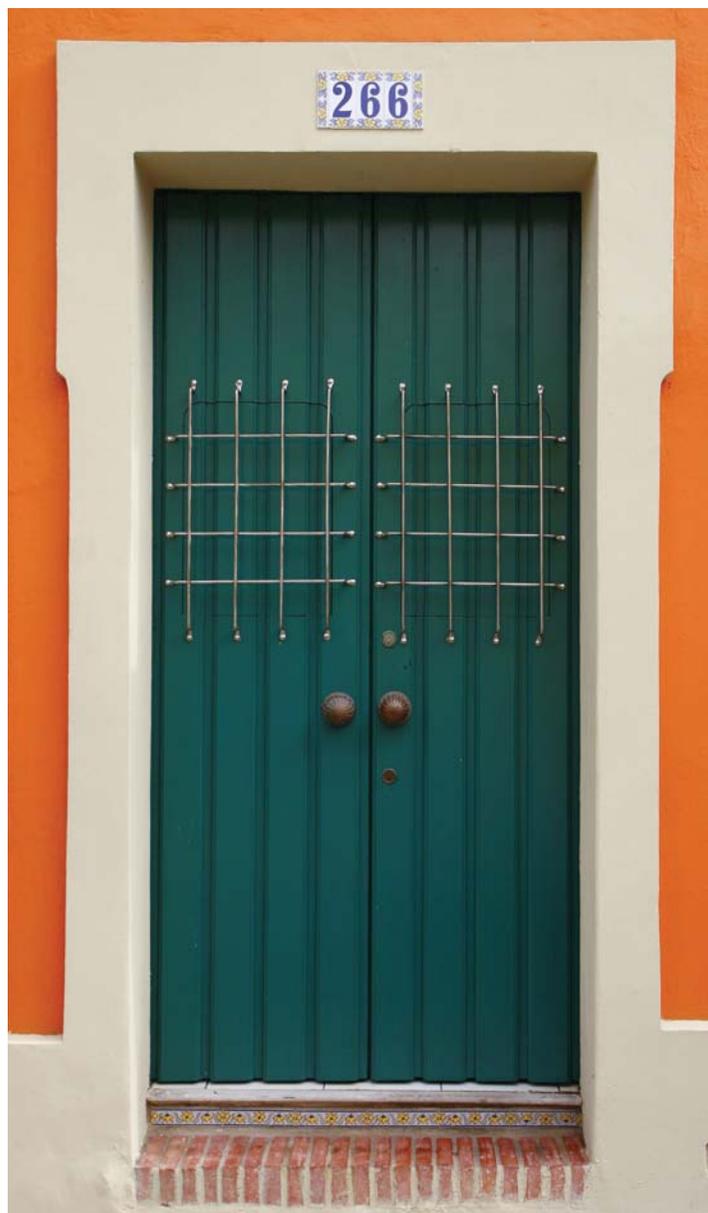
El Cementerio Municipal de San Juan, se extiende vecino a las murallas del Morro y el Barrio la Perla, a la orilla del mismo mar que el poeta español Pedro Salinas, que descansa en este camposanto, llamó “El contemplado”.



Vista desde el inicio de la calle San Justo hacia el mar.

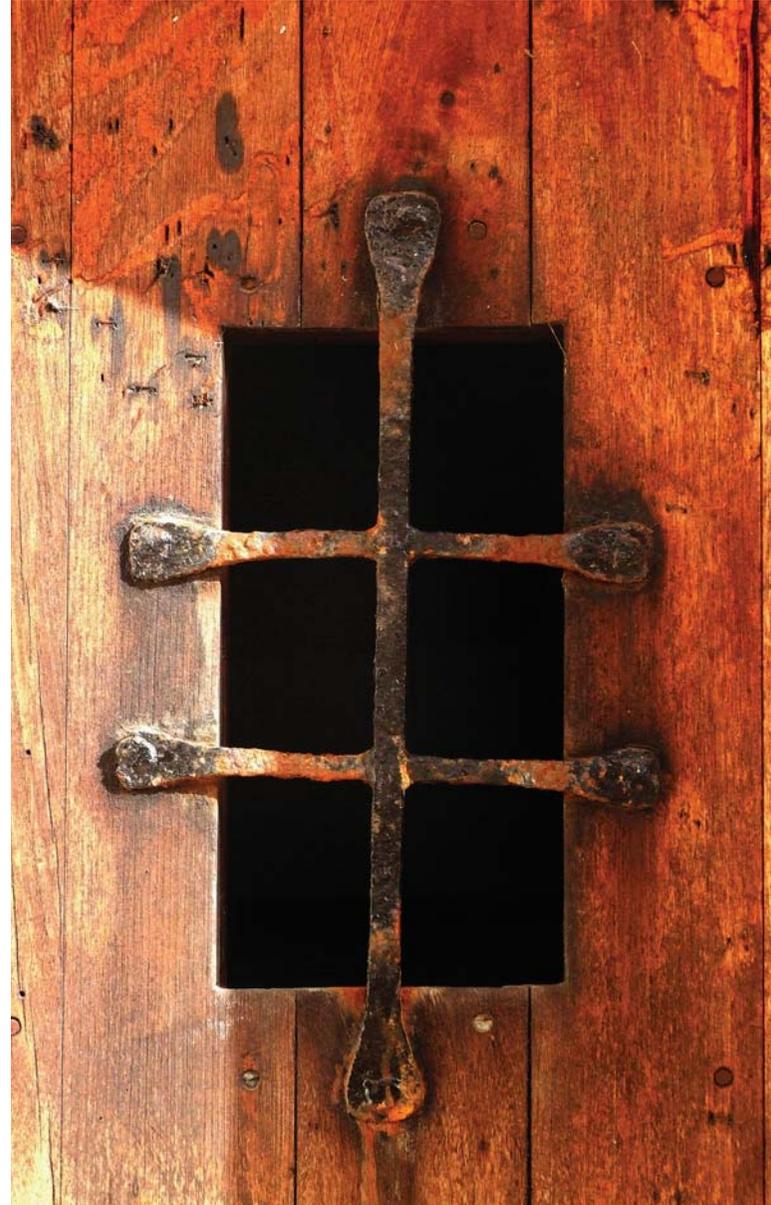


Homenaje a Jack Delano fotógrafo, cineasta, compositor, ambientalista, oriundo de Ucrania, quien hizo de Puerto Rico su hogar en 1941 y dejó un legado cultural que incluyó la creación de la División de Educación para la Comunidad del Departamento de Educación.



Puertas sanjuaneras.





Los detalles de las puertas caracterizan las viviendas del Viejo San Juan.



Patio interior del Hotel Casa Herencia, en Caleta de las Monjas.



Entrada a un patio interior sanjuanero.

Pablo Casals en San Juan

Entre los eminentes extranjeros que han adoptado la isla, destaca un grupo importante de españoles que la historia reciente de España legó a América tras la Guerra Civil. Por Puerto Rico pasaron los poetas Juan Ramón Jiménez y Pedro Salinas, y el cellista, Pablo Casals, entre otros. En el cementerio Santa María Magdalena de Pazzis descansan los restos del laureado poeta Pedro Salinas, en la biblioteca de la Universidad de Puerto Rico se guarda buena parte de la herencia bibliográfica de Juan Ramón Jiménez, y en las salas de conciertos de Puerto Rico se celebra aún el Festival Casals, fundado en 1956.

Pablo Casals, además de enriquecer la vida cultural de Puerto Rico con su presencia e iniciativas, contribuyó al desarrollo de importantes músicos puertorriqueños y

fundó la Orquesta Sinfónica de Puerto Rico en 1958 y el Conservatorio de Música de Puerto Rico en 1959. La Sinfónica, originalmente compuesta por músicos invitados del extranjero, está hoy constituida casi en su totalidad por músicos puertorriqueños. Muchos son producto del Programa de Cuerdas para Niños, también ideado por el Maestro Casals.

En un edificio contiguo a la Iglesia San José se estableció el Museo Casals, que exhibe memorabilia del músico y conserva documentación en vídeo del Festival y de presentaciones del afamado cellista, disponible para los visitantes. De esta forma Puerto Rico recuerda y agradece las contribuciones de don Pablo a la cultura nacional.





Galería Nacional, antiguo convento de los Dominicos, convertido ahora en un espacio multicultural, alberga la más importante colección de pintura puertorriqueña desde el siglo XVIII hasta la década del sesenta del siglo XX.



Museo de las Américas, inaugurado en 1992, está ubicado en el segundo piso del Cuartel de Ballajá, ofrece, a través de exposiciones permanentes y temporeras, una visión panorámica de la historia y cultura de las Américas desde la era precolombina hasta nuestros días.



El Museo de San Juan ubicado, en la pintoresca calle Norzagaray, alberga la historia de la antigua ciudad hasta la actualidad.



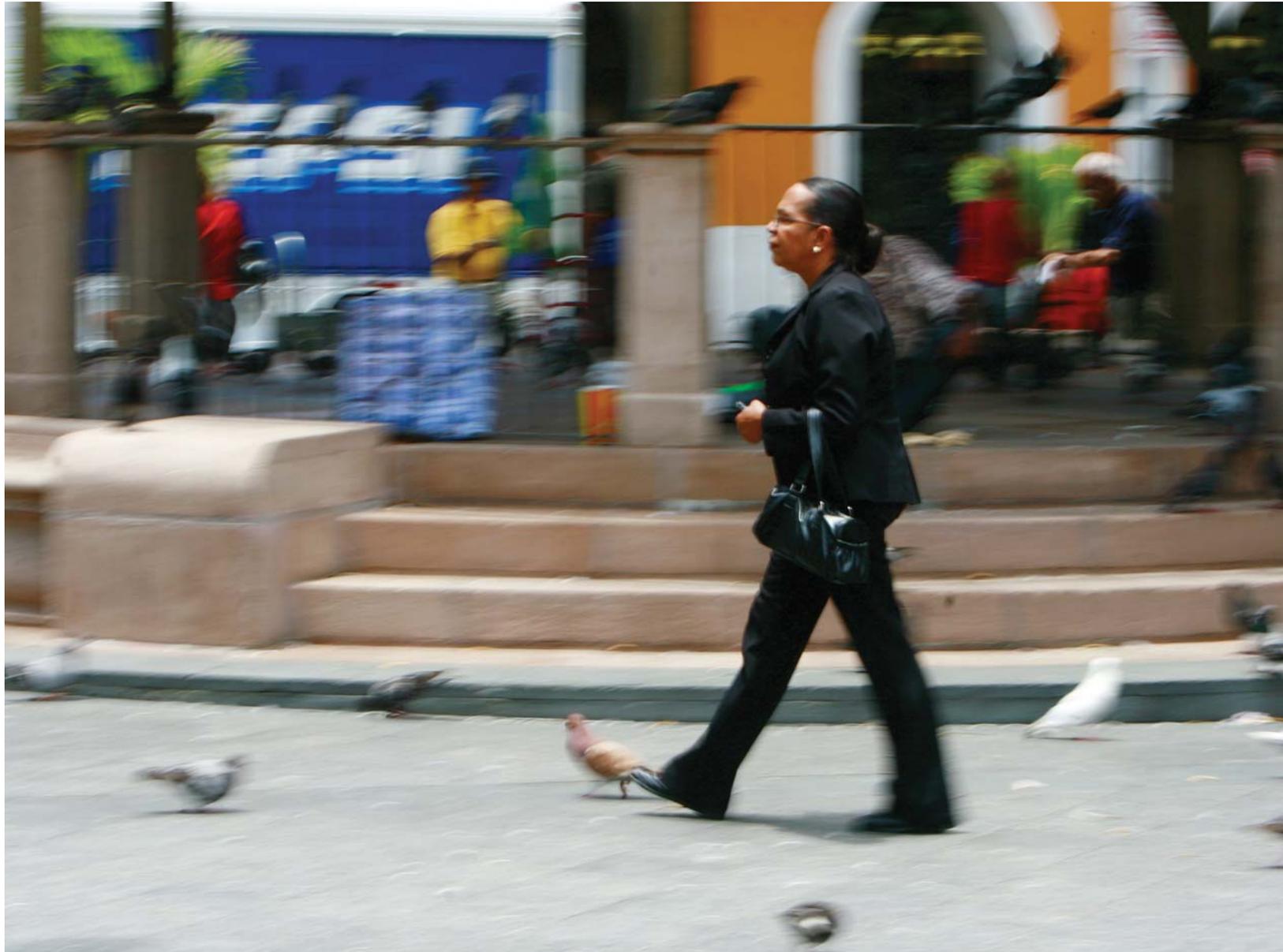
La idea de un museo interactivo para los niños de Puerto Rico fue desarrollada para 1987. No fue hasta 1993 que se logró tener un edificio en la calle del Cristo. Sus diversas exhibiciones se dirigen al descubrimiento del cuerpo humano y las ciencias.



Fachadas de la Calle Sol.



Detalle de los pintorescos balcones sanjuaneros.



Los sanjuaneros conviven con muchos empleados que vienen diariamente al casco antiguo a cumplir su jornada laboral.

La Perla

Las pintorescas calles del casco histórico están cercadas por las murallas y el desarrollo urbano posterior. En el costado norte de la muralla se asienta el barrio La Perla. Originada a principios del siglo pasado, como muchos barrios marginales de la zona metropolitana, es producto del movimiento migratorio del campo a la ciudad. Su nombre deriva del Fortín La Perla cuyas ruinas han sido incorporadas al desarrollo del barrio. El emplazamiento que décadas antes desfavorecía a este vecindario por su peligrosa proximidad al mar, se ha convertido en un atractivo para algunos especuladores de terreno. Amenazada por la fuerza de los huracanes y el interés de políticos y comerciantes, la comunidad de La Perla se mantiene luchando por su sobrevivencia. Varias organizaciones comunitarias independientes se dedican a atender las necesidades de los vecinos y buscan vías para incorporarlos al resto de la comunidad sanjuanera, como parte de una visión integradora de la ciudad.





Edificio moderno inspirado en la arquitectura colonial para armonizar con su entorno, en la Plaza Colón.

al salitre y las inclemencias de viandantes desaprensivos. Es el precio de vivir en el mismo centro de la movida sanjuanera. Bajan a la calle y en pocos minutos encuentran restaurantes, librerías, galerías, talleres de arte, café-teatros, un vecino conversador, en fin, ciudad.

Durante el día, sus habitantes se cruzan con los empleados del gobierno que acuden a su jornada laboral, estudiantes de la Escuela de Artes Plásticas y el Centro de Estudios Avanzados Puertorriqueños y del Caribe, turistas que llegan en excursiones o cruceros, familias puertorriqueñas de paseo. Por la noche comparten la ciudad con los visitantes nocturnos, puertorriqueños y extranjeros y, en ciertos días determinados, con la muchachería de fiesta.

La bohemia, como es de esperarse, tiene su asentamiento principal en el Viejo San Juan. La historia de casi todas las artes tiene importantes episodios en alguna de las esquinas de San Juan. Destacados pintores y escultores han tenido sus talleres aquí. Sin embargo, no se trata de una exclusiva población de



Don Monserrate, oriundo de Guayanilla, lleva más de 40 años distribuyendo las noticias del día en el Viejo San Juan.





La Plaza de Hostos, en el Barrio Ballajá, es de los lugares favoritos de la juventud para correr patineta, a veces con singular riesgo y maestría.



Muchos comercios, particularmente joyerías, reciben semanalmente la visitas de turistas extranjeros que llegan en los cruceros.



Los tradicionales carritos de helado del país son parte del paisaje de San Juan, especialmente en las plazas.



Las tiendas para turistas, que ofrecen artesanías y souvenirs, abundan en las calles principales de la ciudad.

El Nuyorican Café

Fue, sin duda, un impulso romántico lo que debió haber iniciado el proyecto del Nuyorican Café, un popular local de música, teatro y arte ubicado en el estrecho Callejón de la Capilla. Su dueño, Juan Ramón Fernández, encontró en San Juan no sólo un lugar de residencia familiar, atraído por la hospitalidad y diversidad de sus habitantes, sino también un lugar para encarnar la utopía. En este café-teatro se presentan muchas de las agrupaciones más novedosas de música y teatro, así como veteranos artistas que prefieren el ambiente íntimo del acogedor local. Al menos dos veces a la semana, se baila salsa al son de la orquesta Comborican. El café-teatro se inspira en el Nuyorican Poet Café, de la ciudad de Nueva York, que por cuarenta años ha correspondido desde la metrópoli a los aires de la movida sanjuanera. De esta forma, el Nuyorican del Viejo San Juan entronca con la diáspora puertorriqueña en Estados Unidos, e incorpora otro capítulo de nuestra historia al rostro de la ciudad.

El Nuyorican aspira a devolverle a estas calles algo del ambiente de la bohemia sanjuanera de la década del 1960. Para entonces había en el casco de San Juan más de treinta establecimientos

donde se presentaban eventos culturales o simplemente se encontraban para tertulia muchos artistas con el resto de la comunidad. El proyecto se concibe también como continuidad del movimiento iniciado en 1974 del Centro Nacional de las Artes, la entidad no gubernamental más importante del Caribe dedicada a las artes. El edificio que era sede del Centro es hoy una de las hospederías de un grupo de imaginativos empresarios, del cual forma parte el dueño del Nuyorican.

El Hotel Da House, Casa Herencia, Caleta Guest House y Casa Blanca, ubicados en distintos puntos del casco antiguo, pretenden atraer a un viajero más interesado en el quehacer cultural urbano. Estos pequeños hoteles, de marcado carácter personal, apuestan por la divulgación de la cultura puertorriqueña contemporánea y su internacionalización, mientras se incorporan al paisaje sanjuanero. Valga decir que se enorgullecen de participar de la diversidad de su comunidad, siempre abierta al visitante. Comunidad, arte, diversidad, son para estos ilusionados empresarios, elementos claves para hacer de San Juan una gran ciudad.





Es común que los jóvenes tomen la calle para bailar durante los muchos conciertos y festividades que se ofrecen a lo largo del año en San Juan.



Algunos restaurantes ofrecen espacio al aire libre para disfrutar del paisaje y el espíritu de San Juan.



artistas y letrados. Varias generaciones de familias sanjuaneras esgrimen su pedigrí ciudadano orgullosamente y siempre están dispuestas a ofrecer su crónica personal sobre la vida en San Juan, desde las calles distinguidas y las vecindades más modestas. El extranjero, el recién llegado, aprecia precisamente la variedad de vecinos que constituye esta comunidad. Lo chic y lo viejo, el afán por lo novedoso y lo antiguo, conviven en San Juan. El desafío que supone tal maridaje es asumido con naturalidad por sus habitantes.



Unos niños disfrutaban el arte de un trovador en la Plaza de Armas.



El Viejo San Juan es uno de los lugares de paseo preferido por los jóvenes puertorriqueños.

Cordero de San Juan...

Onda en vellones, plata, luna, candor, melancolía...

¡Oh ciudad encantada que te impones

entre una musical cristalería!

José Santos Chocano



San Juan

“Sobre el claro fondo de mi juventud, el recuerdo de esta Ciudad Encantada, sugeridora y risueña con su aderezo de agua y luz, se eleva y quiero hoy hablar de ella que siempre huele a jazminero y sabe a gloria; de su incomparable cielo, cuya riente luz entra avasalladora por las retinas e inunda el alma en resplandor y alegría.”

José S. Alegría



Es un lugar tan vivo que, para muchos, el ideal del lugar habitable en Puerto Rico es esta pequeña ciudad. Muchos de los que ven a San Juan desde lejos se dicen que cuando el mundo les quede grande se irían a San Juan con los ilusionados, obstinados o resignados vecinos del casco antiguo. Por lo pronto, San Juan está allí, esperando sus nuevas definiciones.

Nuevas invasiones: la vuelta del jíbaro

Para llegar a San Juan hay que salir de la isla grande a través de un puente desde el cual se siente la fuerza del oleaje del océano Atlántico, como si nos embarcáramos mar afuera. A la derecha se yergue entre las olas, como un guardián de los tiempos, la piedra del perrito. Allí espera, según la leyenda, cada vez más adelgazado por la erosión marina, el regreso de su dueño.

El camino favorito de los visitantes es por el norte: se pasa entre el Parque Muñoz Rivera y el Escambrón, se sube la cuesta hacia al Capitolio y se llega por fin al casco de la vieja ciudad. Para los residentes del área metropolitana, este camino es el mejor lugar para contemplar el Atlántico en toda su fuerza oceánica.

Las calles de la ciudad están constantemente barridas por los vientos alisios. De día, los edificios se aprietan en cuadras multicolores, en un baño constante de luz. De noche,



Hermosa fuente en los jardines de Casa Blanca.





Muchos restaurantes ofrecen variados menús de la cocina nueva puertorriqueña e internacional para todos los gustos y tienen la opción de servicio al aire libre.



Jóvenes ensayan para un concierto de la Tuna de la Universidad de Puerto Rico en la Plaza de Armas, donde suelen presentarse actividades culturales.



Las fiestas de la Calle San Sebastián, el tercer fin de semana de enero, ofrecen un espacio para la parranda y el compartir de toda la familia. Con estas Fiestas se cierra el periodo de las festividades navideñas.



Paseando cerca de la Plaza de la Dársena, a la orilla de la Bahía de San Juan.



Calle Recinto Sur al atardecer. Aquí se ubican varios restaurantes de la ciudad.



Una noche de celebración con un desfile a todo dar por las calles del Viejo San Juan.



se le suman las insinuaciones de la penumbra. Todo el arreglo de este lugar - sus murallas, el adoquinado, las tarjas en los edificios históricos, la muralla continua entre castillo y castillo - habla del paso de los tiempos. La memoria de las luchas por la supervivencia de sus primeros pobladores, las tensiones con el poder continental, los conflictos internacionales de cinco siglos, quedan consignados en el paisaje de San Juan.

Las casas sanjuaneras despiertan la curiosidad de los visitantes, que a penas pueden adivinar qué hay detrás de

las puertas y ventanas de sus intrigantes fachadas. Una vez en el interior, sorprenden la profundidad de los recintos y sus coquetos patios, sorprendivos jardines en encierro. En el bullicio de la apretada ciudad, son lugares de habitación en medio del tránsito, cada uno como una pequeña isla en la isleta. Sus fachadas con balcones abalaustrados, antiguas puertas de madera y las calles adoquinadas nos dan la impresión de atravesar el tiempo. Tal vez por eso San Juan es el lugar favorito para el paseo de los puertorriqueños. Muchos de nosotros, cuando estamos lejos de nuestra isla, soñamos con volver a San Juan. Tal vez por eso muchos se toman tan en serio la defensa de la ciudad, ya no de ataques de corsarios ni ejércitos enemigos, sino de la modernidad malentendida.

No sólo se pasea a San Juan en soledad o en compañía a plena luz del día, también se deambula en la fresca oscuridad de la ciudad nocturna. Hay ocasiones en que se pasa más tiempo sentado en alguna plaza o en la calle, conversando con



Los cruceros arriban tres veces por semana a la Bahía de San Juan, repletos de turistas.

Los adoquines del Viejo San Juan

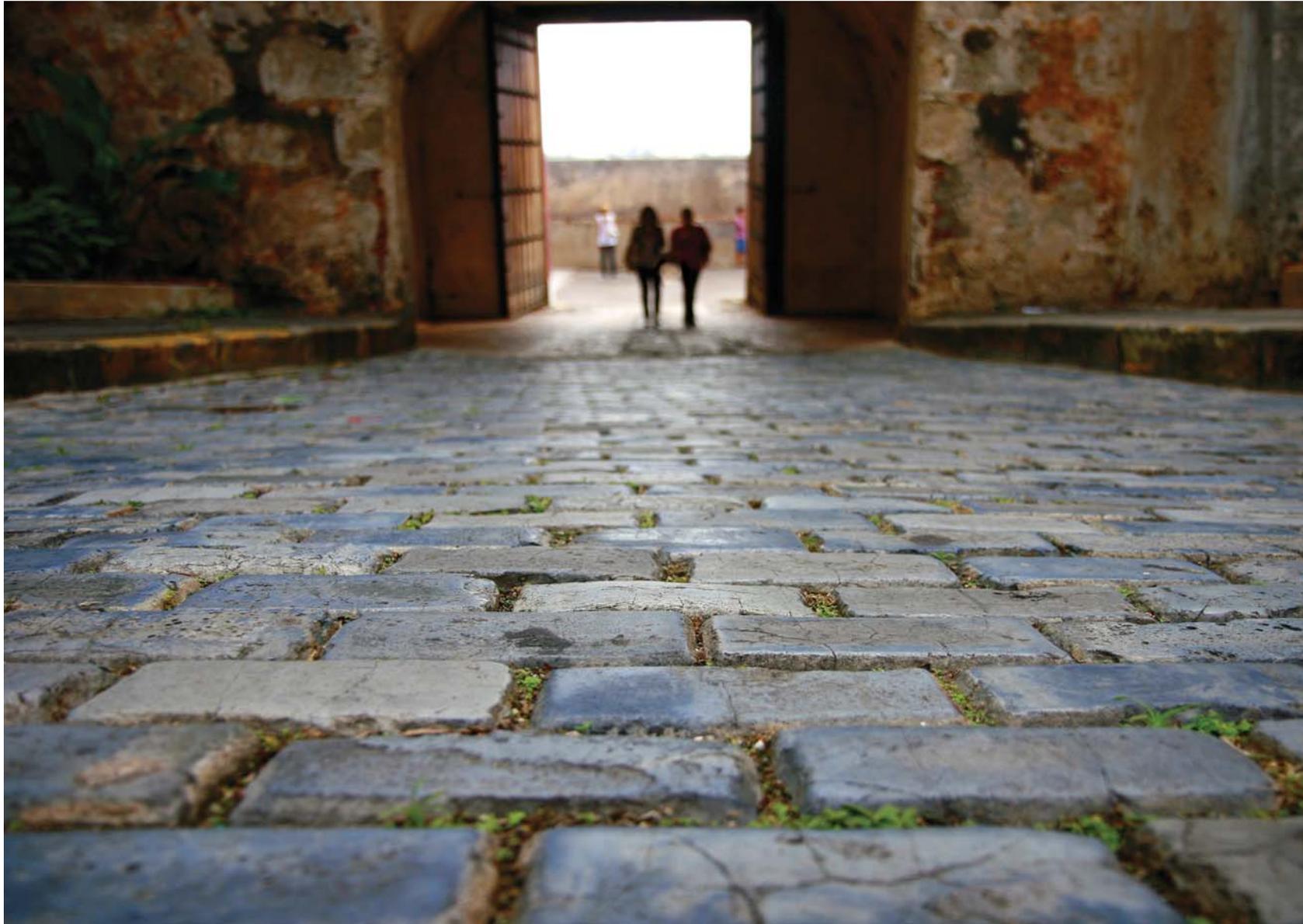
Los adoquines, que otorgan su carácter particular a las calles sanjuaneras, también tienen su historia. Los adoquines servían de lastre a los barcos que venían a recoger mercancía a la isla.

Para mantener la línea de flotación necesaria para el trayecto de Europa a América, se cargaban los barcos de estos bloques hechos de escoria de fundición de hierro, y luego se utilizaban para empedrar las calles, según la costumbre de la época. Hoy las calles adoquinadas están amenazadas más que nunca por el crecimiento urbano y el tránsito de vehículos de motor. Sin embargo, se reconoce su protagonismo en el paisaje de la ciudad y, por lo tanto, se han hecho esfuerzos por adoquinar nuevamente algunas de sus calles.





Una de las muchas palomas que se encuentran en el Parque de las Palomas.



Vista de la antigua Puerta de San Juan desde adentro.

los amigos al fresco de la noche, que dentro de los muchos establecimientos que amenizan la ciudad. Varias veces al año las calles de San Juan se convierten en fiesta callejera, pero no hay que esperar las celebraciones oficiales para participar del jolgorio.

Las fiestas sanjuaneras son frecuentes y multitudinarias. Desde enero a diciembre se programan festivales, carnavales, exhibiciones, obras de teatro y conciertos que mantienen viva la ciudad, para no hablar de los mítines políticos, protestas y manifestaciones que la convierten en escenario de la actualidad social y política del país.

Así pues, San Juan sufre muchas invasiones todavía. En el pasado la han invadido ejércitos, órdenes religiosas, flotas enemigas, vientos huracanados y plagas devastadoras. Ahora la invadimos nosotros cada domingo por la tarde y cada viernes en la noche, la invaden los turistas de los cruceros con calculada regularidad. Sobre el paso de varias generaciones,



el viento sopla incesantemente y de vez en cuando cae algún chaparrón inesperado.

El trayecto en carretera, después de pasar frente al mar, trepa la cuesta de la calle Norzagaray hasta el Castillo San Cristóbal y, mucho más adelante, después de avistar el Morro, nos adentramos por la Calle del Cristo hasta la Calle Fortaleza. Desde la altura de la Plaza San José vemos al fondo la Capilla del Cristo, esperando nuestro despeñamiento, como en la leyenda.

Cuenta la historia que hacia principios del siglo XVIII, un brigadier que participaba de las Fiestas de San Juan, aceleró su caballo peligrosamente por la empinada calle que terminaba entonces en un precipicio. Al llegar allí, el caballo resbaló y se despeñó con todo y jinete, provocando los clamores piadosos de quienes presenciaron el terrible accidente. Afirma la leyenda que, gracias a la intervención divina, don Baltazar Montañez



La Capilla del Cristo, relacionada a una vieja leyenda sanjuanera, fue rescatada por un grupo de vecinos a principios del siglo XX. Junto a ella está el Parque de las Palomas.



Parque de las Palomas, con una vista panorámica de la bahía y muchas palomas para alimentar, es un espacio muy frecuentado por las familias puertorriqueñas.



El gozo de los niños al alimentar a las palomas es evidente, aquí en la Plaza de Armas.



Parte de los atractivos de la plaza Bastión de las Palmas, son una serie de esculturas contemporáneas que contribuyen al aire juguetón del lugar.

y Mújica salvó su vida y, en agradecimiento, se construyó la Capilla. Los historiadores, sin embargo, deshacen el milagro. Comparan fechas y datos, y concluyen que la Capilla fue construida allí, después del desastroso final del infeliz brigadier y su desgraciado caballo, precisamente para evitar otro fatal accidente.

Hoy los visitantes bajamos la empinada cuesta y nos bambolemos sobre los adoquines, la mirada puesta en la pequeña Capilla del Cristo, que hoy remata la ruta casi con coquetería. Su supervivencia se debe al empeño de los vecinos de San Juan, que evitaron su demolición para ensanchar la calle a principios de este siglo. Contiguo a la capilla está el Parque de las Palomas, poblado por cientos de estas aves y muy frecuentado por familias con niños pequeños.

La bajada de la Calle del Cristo continúa frente a la Catedral entre manadas de turistas que cruzan despistados de un lado a otro. Si el visitante se detiene en su umbral y mira hacia afuera, podría imaginar los recién llegados navegantes, que debían subir por aquella calle, después de pasar por la Puerta de San Juan, para entrar al resguardo de la ciudad. Hoy el camino está custodiado por dos hileras de frondosos árboles que ocultarían la llegada de los navegantes.

Casi al final de la Calle del Cristo, doblamos a la izquierda por la Calle Fortaleza y más adelante, después de





Plaza Colón. La estatua de Cristóbal Colón adorna esta plaza en el lado este del Viejo San Juan. La plaza es en honor al aniversario número 400 del descubrimiento de América.

La Plaza de Armas

La Plaza de Armas, alguna vez Plaza de las Verduras, se ha transformado hoy en uno de los espacios favoritos de las familias con niños. En este lugar, además de descansar bajo la sombra de los robles, se disfruta esporádicamente de exhibiciones de artesanías y conciertos. Las palomas acechan desde lo alto de los edificios que rodean la plaza y, como en tantas ciudades del mundo, se dedican a alimentarse de la jubilosa generosidad de los visitantes. De esta forma, la Plaza se hermana al conocido “Parque de las Palomas”, junto a la Capilla del Cristo. A principios de siglo pasado, la Plaza de Armas era centro de bulliciosa actividad intelectual y comunitaria. A su alrededor estaban los edificios en los que se reunía la Asamblea Legislativa y las Cortes. Los abogados pululaban por el área, hacían vida profesional y cultural en las plazas, y formaban tertulias con escritores, poetas y bohemios en las librerías y cafés de San Juan.





Los árboles, parte integral del Viejo San Juan, permiten un ambiente más fresco y relajado. Calle Caleta de San Juan.



Detalle de la Fachada del Ateneo Puertorriqueño, fundada en 1876, es la institución cultural más antigua siendo el precursor de la universidad del estado y defensor del arte y la literatura nacional.



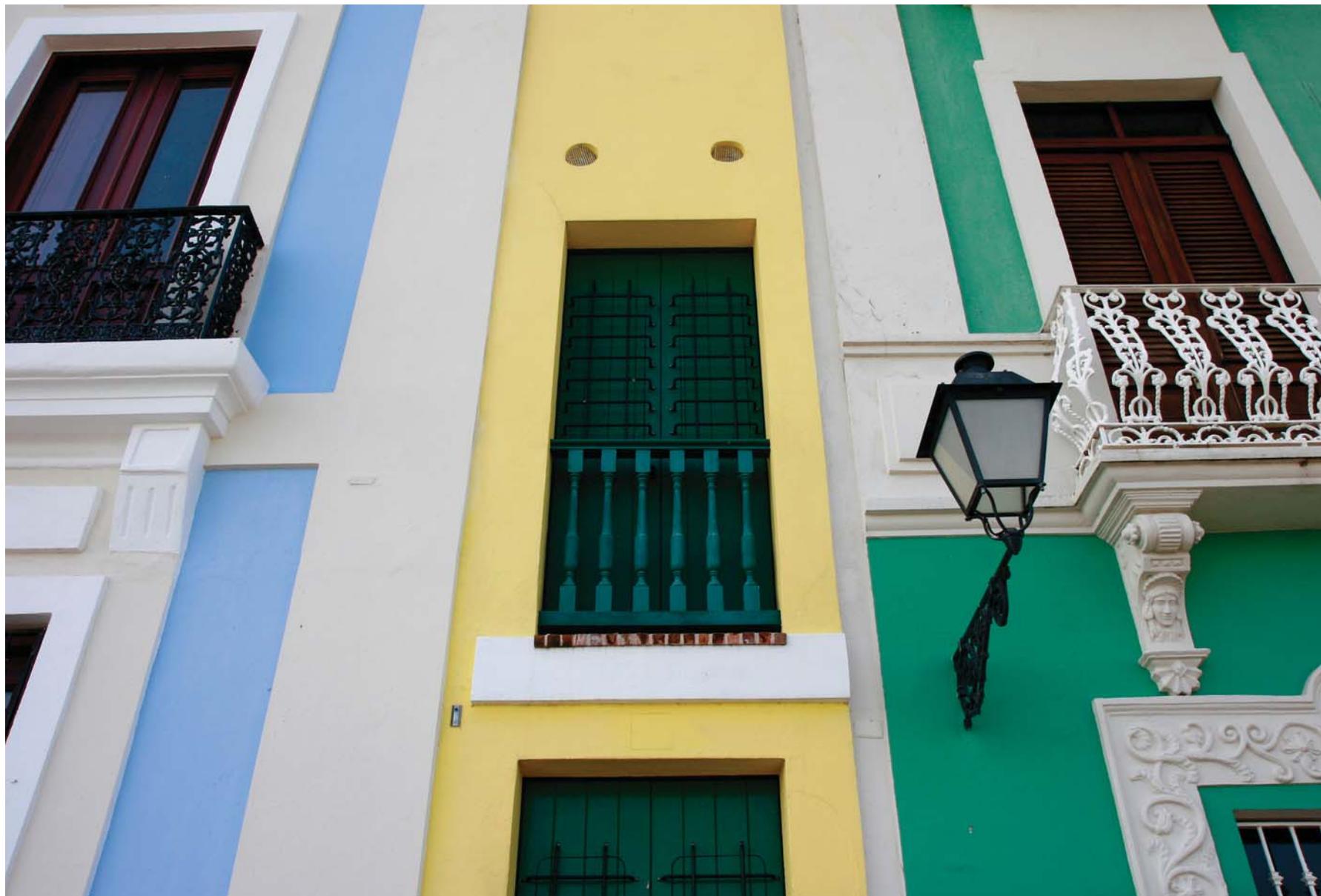
Los gatos son parte de los habitantes del casco colonial.

rodear la Plaza de Armas, la retomamos hasta la salida entre la Plaza Colón y el teatro Tapia, por donde existió, hasta finales del XIX, la única salida por tierra, la Puerta de Santiago. Así se llamaba también la Plaza Colón antes de que en 1894 se colocara allí, para conmemorar el cuarto centenario de la llegada del Navegante, la escultura del arquitecto italiano Achille Canessa. Esta plaza llegó a ser a principios del siglo XX un centro social

y cultural para los sanjuaneros. Frente a Colón está el Teatro Tapia, no sólo espacio artístico, privilegiado con la visita de destacados músicos, actores y compañías teatrales, sino también, escenario de importantes acontecimientos políticos de la historia puertorriqueña de principios del siglo XX.

La salida por la desaparecida puerta de tierra es hoy un camino recto que pasa entre edificios menos antiguos, pero no menos memorables. Muchos corresponden al proyecto urbano de principios del siglo XX: el Casino de Puerto Rico, el Ateneo Puertorriqueño, la Biblioteca Carnegie, la Casa de España, el Capitolio y el Parque Muñoz Rivera. La vida social sanjuanera, después del derribo de las murallas a finales del siglo XIX, se extendió entonces hacia los barrios de Miramar y el Condado.

Este rodeo motorizado, conocido entre nosotros, como “la vuelta del jíbaro”, es un paseo lento, con algo de marcha de paquidermos. Sin embargo, la mejor manera de conocer esta ciudad es repechando la loma a pie, con lentitud de explorador selvático, observando los detalles de las fachadas de los edificios y deteniéndose a tomar el aire en algún umbral



Considerada una de las casas más estrechas del Viejo San Juan, esta casa en la Calle Tetuán, servía de callejón entre las estructuras y para almacenar los efectos de los animales. Mide escasamente 53" (134 cm) de ancho y 37' (11 m) de profundidad. Fue habitada por una familia por muchos años y es ahora una galería de arte.



Para proteger a las esquinas de los edificios del tránsito vehicular, se hicieron cortes de 45 grados y, en ocasiones, se reforzaron con algún cañón desechado. Estos “chafalanes” son comunes en algunas calles del Viejo San Juan.



Edificio MAPFRE en la calle Tetuán.



Detalle de los jardines de Casa Blanca.





La escultura de la fuente del Paseo de la Princesa, Raíces por el artista español Luis Sanguino, celebra el origen indígena, africano y español del puertorriqueño.

generoso. De allí se verá tal vez el mar o se podrá apreciar mejor la coqueta vegetación de los balcones sanjuaneros, y se dejará volar la imaginación.

San Juan a pie

A pie, se aprecian otros detalles y vamos haciendo estaciones en los mismos lugares acostumbrados. Hay que detenerse en La Bombonera a tomar café con mallorcas, en la Plaza de Armas a darle de comer a las palomas, en lo alto de la Calle San Justo a contemplar el mar, en la Plaza del Tótem Telúrico a avistar el Morro, en la Rogativa a refrescarse con un límber.

La Bombonera, fundada en 1902, ha sobrevivido a los dramáticos cambios de la ciudad. Lugar de tertulia para intelectuales, políticos, artistas y fieles comensales, es para muchos puertorriqueños una institución, como también el Restaurante La Mallorquina, fundado en 1848, escenario de la vida intelectual y política de principios del siglo pasado.



Preside el mostrador de La Bombonera una enorme cafetera de acero inoxidable, manufacturada en Cuba a principios del siglo pasado. Los mozos, uniformados en rojo y negro, conocen a muchos de los parroquianos que frecuentan el lugar desde hace décadas. Quienes añoran desde lejos el país y su ciudad capital, posiblemente incluyan en sus añoranzas una merienda de café y mallorca tostada con mantequilla, en compañía de algunos buenos amigos en La Bombonera.

Las mallorcas

Muchos puertorriqueños se sorprenden cuando descubren las enormes ensaimadas de Isla de Mallorca. Salta a la vista el parentesco con nuestras estimadas mallorcas sanjuaneras, evidencia del aire de familia gastronómico que, de tan presente, solemos olvidar. Alguna vez conocidas como pan de mallorca, estos panecillos dulces en forma de espiral, espolvoreados de azúcar blanca, solían venderse por las calles a principios de siglo pasado. Ahora son un viaje nostálgico por el paladar que se celebra diariamente en algunos cafés de la ciudad, La Bombonera, La Mallorca y El Siglo XX.

Es muy posible que este dulce haya llegado a la isla con la emigración de españoles de las Islas Baleares, de donde proviene esta tradición. Allá, sin embargo, la mallorca se prepara también rellena de “cabello de ángel”, un dulce de calabaza americana rallada, nata o crema. Se dice que su existencia ya está documentada en el siglo XVII, pero es en el XIX que cobra popularidad entre las clases acomodadas, para la época de mayor emigración de las Islas Baleares a Puerto Rico.

Para los estándares modernos, puede resultar inquietante descubrir que su nombre original, ensaimada, proviene del vocablo árabe saïm, incorporado al catalán, que significa manteca de cerdo, ingrediente que le da su sabor particular. Nuestras mallorcas tostadas con mantequilla, son entonces un momento de absoluto festín, ajeno a consideraciones nutricionales.

Nuestra mallorca, también está emparentada con la ensaimada argentina, que llevó a la ciudad de San Pedro, el panadero Joan Puig. De hecho, este apellido también luce aún en las cajas de mallorcas de La bombonera, fundada por los hermanos Puig y Abraham.

Valga decir que la ensaimada de Mallorca obtuvo su protección como Denominación Específica en los años 1996 y 2003. El gobierno de las Islas Baleares, además, la reconoce como Indicación Geográfica Protegida. Lo que no saben tal vez los mallorquines es que para los puertorriqueños, la mallorca es parte importante de la tradición sanjuanera.





La Bombonera, fundada en 1902, todavía famosa hoy por sus mallorcas, continúa siendo un lugar frecuentado por sanjuaneros y visitantes.



Los meseros de La Bombonera se caracterizan por su uniforme a la vieja usanza.





La Mallorquina en su interior ofrece un ambiente elegante, decorado por antigüedades, entre las que se destacan los enormes espejos del siglo XVIII.



El restaurante La Mallorquina fue fundado en 1848 y ha sido escenario de la vida intelectual y política de principios del siglo pasado.



Vista del Viejo San Juan desde Isla de Cabras, donde se conserva un pequeño fuerte que fue parte de la antigua defensa de la ciudad.

Uno de los mejores puntos para apreciar la isleta es desde lo alto de la Calle San Justo. Desde allí se ve el mar por ambos lados: más allá del Barrio La Perla, en toda su inmensidad oceánica y, más allá del puerto, a través de la Bahía con silueta de las montañas de la Cordillera al fondo. La isleta

se percibe como atalaya, punto estratégico de observación, ojo avizor al recién llegado. Por un lado se ven llegar los cruceros y enormes barcos de carga, por el otro se ve cruzar la lancha que comunica la isleta con el pueblo de Cataño, al otro lado de la bahía. Al final de esta calle estuvo la puerta que daba a la marina, la Puerta de San Justo, adornada con cuatro estatuas representativas de las estaciones que hoy adornan la fuente de Plaza de Armas.

Entre los monumentos más modernos está la Plaza del Quinto Centenario, presidida por el Tótem Telúrico, del escultor Jaime Suárez. La Plaza es hoy lugar frecuentado por adolescentes y niños, especialmente en los calores veraniegos, cuando la fuente refresca juguetonamente a todos los valientes que se lanzan a sus chorros. Esta área, antiguamente espacio de ejercicios militares, es lugar de esparcimiento familiar. Anteriormente estaba aquí el huerto de los padres dominicos, cuyo Convento se conserva junto a la Iglesia San José, cerca de las vecindades más pobres de la ciudad, hoy desaparecidas.



Tótem Telúrico, escultura de Jaime Suárez, mide unos 40 pies de alto (12m), fue diseñada y construida en 1992 con motivo de la celebración del Quinto Centenario del descubrimiento de América.



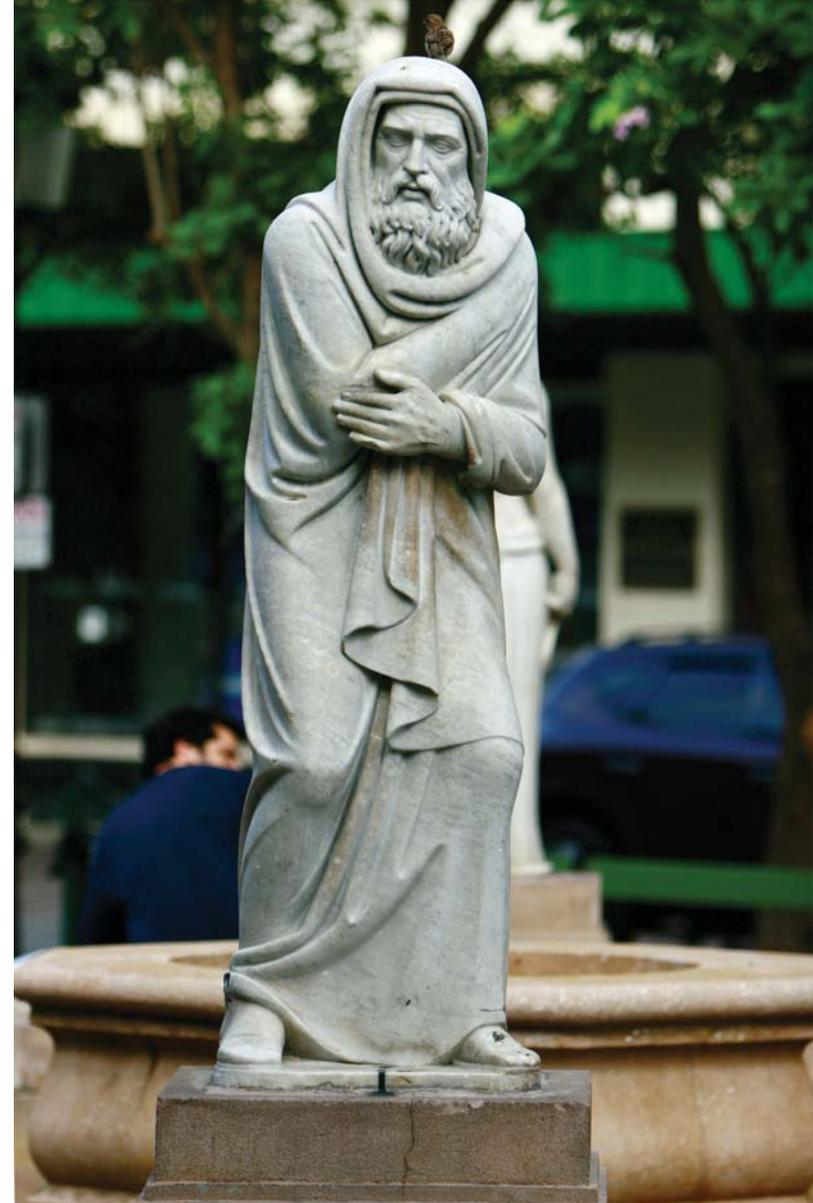
Los chorros de la Plaza del Quinto Centenario refrescan a los niños del calor de los soleados días veraniegos.



Cuartel de Ballajá. Este cuartel se comenzó a construir, por el ejército español en el 1854 y se terminó en el 1864. Es considerado como la mayor y última obra arquitectónica militar monumental construida por los españoles en el Nuevo Mundo durante el siglo XIX. El mismo, albergó a un batallón de 1,000 soldados y sus familias hasta el 1898.



Las cuatro estatuas de las estaciones que adornaban el Paseo de la Princesa y luego se mudaron a la Plaza de Armas. De izquierda a derecha: Primavera, Verano, Otoño e Invierno.





Escultura de Eugenio María de Hostos, educador, filósofo y ensayista, creada por el artista Jorge Buscaglia. Está ubicada en la Plaza que lleva su nombre, frente a Casa Blanca.



Escultura "Rapto de Ballajá", del artista Víctor Ochoa, ubicada frente a la sede del Instituto de Cultura Puertorriqueña, antiguo edificio del Asilo de Beneficencia.



La Aduana de San Juan ocupa uno de los lugares más prominentes frente al puerto de la Bahía de San Juan. En este lugar se han establecido las aduanas del puerto desde el siglo XVIII. Este edificio se construyó en 1924, con estilo arquitectónico Plateresco y fue diseñado por Albert B. Nichols.



Son muchas las familias que visitan los campos del Morro los fines de semana.



Juan Ponce de León

El frustrado ataque de los ingleses también está discretamente guardado en otra estatua de la ciudad. Con el bronce fundido de los cañones, morteros y obuses que abandonaron los ingleses en su derrota de 1797, los españoles erigieron la figura del primer gobernador de la isla, Juan Ponce de León. La silueta del Conquistador, actualmente en la Plaza San José, todavía señala con gesto dominante hacia su enclave preferido, al otro lado de la bahía, en los territorios de Caparra. Su figura presidió la antigua Plaza de Santiago, a la salida de la ciudad, hasta que fue sustituida por la estatua de Colón a finales del siglo XIX. Sus restos mortales también viajaron por la ciudad, de la cripta en la Iglesia San José a su monumento en la Catedral, de manera que podría decirse que, aún después de muerto, don Ponce, “soldado en Granada, capitán en la Española, conquistador y gobernador de San Juan del Boriquén, descubridor y primer adelantado de la Florida”, ha continuado sus travesías.

Al lado de la Plaza del Quinto Centenario están los edificios del Barrio Ballajá, que albergan varias entidades culturales como el Museo de las Américas, la Oficina de Patrimonio Histórico, el Instituto de Cultura Puertorriqueña y la Real Academia Puertorriqueña de la Lengua Española. En ese espacio, antes Hospital Militar y Asilo de Beneficencia, se celebran festivales, conciertos, exposiciones y otras actividades artísticas. En los terrenos del Morro también está la Escuela de Artes Plásticas, en un edificio que anteriormente fue un manicomio. Ahora no es raro, especialmente en verano, asistir a una extraña invasión de nutridos batallones de niños que vienen desde lejanos puntos de la isla a pasar el día entre los chorros de la Plaza del Tótem Telúrico y las juguetonas brisas del Morro. El tiempo continúa la transformación de los espacios.

A la salida del Morro, de vuelta a Fortaleza, la pequeña Plaza Rogativa conmemora un hecho imaginado. Se dice que la defensa del último ataque de los ingleses en 1797, al mando del General Ralph Abercromby y el Almirante Henry Harvey, fue asistida por una procesión de mujeres sanjuaneras, presidida



Estatua del escultor neozelandés Lindsay Dean, en la Plaza de La Rogativa, que conmemora la leyenda de una procesión milagrosa contra el ataque de los ingleses a la ciudad en 1797.



"Limbers", delicioso invento para refrescar, sobre todo a los niños, vendido aquí por la familia Rosado Ocasio desde 1958.



Vista nocturna de la fuente en el Paseo de la Princesa.

Paseo La Princesa

Hoy sede de la Compañía de Turismo de Puerto Rico, la Cárcel de la Princesa es ahora también un espacio para exhibiciones de arte. La carretera que pasa frente a la Cárcel fue convertida nuevamente en paseo peatonal en la década de 1990, para proteger las murallas del deterioro por el paso de vehículos de motor. Hasta su cierre, aún el tránsito circulaba a través de la Puerta de San Juan, bordeando el casco antiguo, hacia la salida de los puertos.

El nombre de la cárcel, erigida en 1837, proviene del Paseo de la Princesa, contiguo al edificio. De hecho, para que sus alrededores armonizaran con el paseo, se construyó un jardín que originalmente era atendido por los confinados. Irónicamente, en su interior se usó continuamente el garrote hasta principios del siglo pasado, cruel manera de estrangular a los condenados a muerte. El paseo lleva ese nombre en honor a la Princesa de Asturias, Isabel II.

En la glorieta de este paseo estaban colocadas las cuatro estatuas de mármol que representan las Estaciones, pagadas con el dinero que produjo el remate de la imprenta en que se imprimió un poema ofensivo a España, *Agüeybaná el Bravo*, de Daniel Rivera, en un periódico de Ponce. Las estatuas se mudaron a la Plaza de Armas. Este paseo era uno de los que rodeaba la ciudad con arboledas. También existió el Paseo de Puerta de Tierra, llamado Paseo de Covadonga.

Esta cárcel estuvo activa hasta finales del siglo XX. Aquí estuvieron presos el líder nacionalista don Pedro Albizu Campos y los poetas Francisco Matos Paoli, Clemente Soto Vélez y Juan Antonio Corretjer, que abogaban también por la independencia de Puerto Rico.

La cárcel de la Princesa no escapa a los actuales debates sobre el patrimonio histórico, pues ahora mismo se discute una propuesta de privatización con miras al desarrollo hotelero.





por el Obispo. Se cuenta que Abercromby, engañado, creyó que se trataba de un batallón que venía de refuerzo y huyó del puerto. Lo cierto es que todo el crédito de la victoria lo tienen los esfuerzos de los militares y habitantes de la isla, especialmente los pobladores de

San Mateo de Cangrejos, que resistieron el ataque. Lindsay Dean, un afamado escultor neozelandés residente de San Juan, privilegia la leyenda y conmemora el gesto heroico conservado en la imaginación popular, con un elegante monumento de hierro. Hoy adorna la Caleta de las Monjas como otra marca más de sus habitantes y la invención de su historia.

Frente a la Rogativa todavía se conserva otra modesta institución. Se trata de la venta de “límbers” de la familia Rosado Ocasio. Frío y dulce, la popularidad del límber se vincula a la visita del aviador Charles Lindbergh en enero de 1928. Esta familia los vende desde 1958, por una ventana de su



Vista parcial de lo que antiguamente fue la Cárcel de la Princesa.



Alcaldía de San Juan, en la Plaza de Armas, fue construida en etapas, desde 1604 hasta 1789, semejando al palacio del Ayuntamiento de Madrid.

cocina, al fondo del zaguán del primer piso de su edificio en la Caleta de las Monjas. Los visitantes aún hacen esfuerzos por llegar hasta este punto como una de sus estaciones obligadas, a rememorar, tal vez, un límber de la infancia.

Depende del momento del día, se camina después por el Paseo de la Princesa, que rodea la muralla desde la Puerta de San Juan hasta la Plaza de Hostos. Los tiempos transformaron la vecindad de la Cárcel La Princesa, que fue presidio por más de un siglo desde 1837, en un paseo que se anima con música, artesanías y numeroso público en las tardes dominicales. A pocos pasos del edificio se erigió, para conmemorar el Quinto Centenario de España en América, la Fuente de las raíces, escultura alegórica de Luis A. Sanguino. En días calurosos los viandantes se detienen muy cerca para recibir los refrescantes chorritos que el viento desvía.

Cada familia, cada puertorriqueño, tiene su ruta personal con ligeras variantes. Las aceras son estrechas, las cuestas empinadas, el sol inclemente. Por lo tanto, hay que

aprovechar la estadía en el casco de San Juan. No se puede ir con prisa. No sólo porque somos muchos y en fila vamos más lento, sino también porque se perderían los elocuentes detalles que pueblan esta ciudad.

El casco antiguo de San Juan es en ocasiones destino de paseo, tribuna política, taller artístico, sala de conciertos, memorial histórico, emblema de puertorriqueñidad. Rescatado de los accidentes de la historia y el apresuramiento de administradores y políticos a través de los tiempos, San Juan es patrimonio nacional, pero también testimonio de la vulnerabilidad de las comunidades y la belleza de sus transformaciones. La ciudad está allí, siempre dispuesta a recibir la brisa del mar, los zarpazos del tiempo y el paso de sus habitantes. 🏠



Vista de la entrada del muelle moderno.

“Nuestros callejones están hechos de luna y de silencios, como si en ellos se hubiera quedado quieta la vida.”

José S. Alegría



San Juan

“Adiós, adiós, adiós Borinquen querida.

Tierra de mi amor.

Adiós, adiós, adiós.

Mi diosa del mar, mi reina del palmar.

Me voy, ya me voy,

pero un día volveré.

A buscar mi querer,

a soñar otra vez,

en Mi Viejo San Juan”

Noel Estrada,

En mi Viejo San Juan, Himno de San Juan (extracto)

Primer escudo de la ciudad de San Juan

El primer escudo de la ciudad, ordenado por Fernando el Católico y su hija Juana I, fue diseñado en Burgos un 8 de noviembre de 1511, el mismo año de un cruento ataque de los indígenas que causó graves estragos a la población de San Juan.

Se representa con la figura del cordero el nombre original de la isla, San Juan Bautista. El libro rojo con siete sellos, sobre el que descansa la figura, es una referencia bíblica al Apocalipsis. Será el cordero, según la Biblia, el único que podrá abrir el libro con los siete sellos.

Completan la composición varios objetos que representan los reinos unidos por los Reyes Católicos de España: la bandera de Castilla y el león por el Reino de León, regidos por Isabel I; las torres que representan a Aragón, regidos por Fernando. La importancia de la

fe religiosa se destaca con la presencia del emblema de las cruzadas a Jerusalén.

Como un reconocimiento de su compromiso matrimonial aún después de fallecida Isabel, se incluyeron las iniciales de los dos Reyes en el escudo con emblemas que apuntan a la unión inquebrantable de la pareja: debajo de la inicial de Fernando, un yugo, debajo de la de Isabel, un mazo de flechas atadas.

La leyenda en latín significa “Juan es su nombre”, alusión a las palabras de Zacarías, padre de Juan el Bautista, quien, castigado por no ponerle el nombre escogido por Dios a su hijo, talló esta frase en un madero.

Así pues, el escudo de San Juan, testimonia la fuerte presencia del catolicismo en la empresa colonizadora de América.





Foto panorámica con la Fortaleza en primer plano y al fondo el moderno muelle de la Bahía de San Juan.



- 1 Convento
- 2 Palacio de Santa Catalina "La Fortaleza"
- 3 La Nueva Sede Escuela de Artes Plásticas
- 4 Escuela de Artes Plásticas
- 5 Cuartel de Ballajá
- 6 Casa de la Providencia
- 7 Convento Santo Tomás de Aquino
- 8 Museo de Arte e Historia
- 9 Compañía de Turismo de Puerto Rico
- 10 Centro de Recepciones de Puerto Rico
- 11 Comité Olímpico de Puerto Rico
- 12 Departamento de Estado (Anexo)
- 13 El Arzobispado
- 14 Centro de Información Turística
- 15 Hotel El Convento
- 16 Casa Blanca
- 17 Colegio San Agustín
- 18 Iglesia San José
- 19 Iglesia San Francisco
- 20 Puerta de San Juan

“A finales del siglo 15

los españoles rebautizaron con el nombre de San Juan Bautista a la entrañable isla de Borinquen. Poco después se trocó el nombre europeo de la isla por el de la ciudad capital, y el de su rico puerto por el del país. San Juan se convirtió en el nombre de la capital y Puerto Rico en el de la isla.

San Juan, Ciudad Capital”.

Tomado del Portal San Juan, Ciudad Capital

SOFÍA IRENE CARDONA

SOFÍA IRENE CARDONA (San Juan, Puerto Rico, 1962) es autora del poemario *La habitación oscura* (Terranova, 2006) y los relatos de *El libro de las imaginadas* (Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2008). Colabora regularmente en las columnas “Buscapié” de *El Nuevo Día* y “Fuera del quicio” del suplemento cultural “En Rojo” del semanario *Claridad*. Un escogido de estas últimas se publicó bajo el mismo título (Aguilar, 2008), en colaboración con Vanessa Vilches Norat y Mari Mari Narváez. Su cuento, *La maravillosa visita del calzadísimo extranjero* (Alfaguara Juvenil, 2008), fue premiado en el Primer Certamen del Cuento Infantil 2006, organizado por la Editorial Santillana y el periódico *El Nuevo Día*. Cuenta con un doctorado de la Universidad de Massachusetts, Amherst en Literatura Española Contemporánea. Además de su labor como escritora, enseña Literatura Española en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

“Si volviese a la existencia

Fray Iñigo Abbad –tan amigo de la prosperidad de Puerto Rico– se sorprendería agradablemente con la transformación allí operada: donde sólo había en su tiempo manglares, aguas detenidas y soledad, encontraría un paseo, la fábrica de gas, varios edificios públicos, extensos muelles, sólidos almacenes particulares y la vida y el movimiento que por todas partes engendra el comercio. La puerta de San Juan está hoy más silenciosa, más en cambio, la de San Justo apenas basta para las necesidades de la circulación.”

José Julián Acosta

BIBLIOGRAFÍA

Adolfo de Hostos. *Historia de San Juan. Ciudad Muralla*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1979.

Edwin Quiles Reyes, *San Juan tras la fachada. Una mirada desde sus espacios ocultos (1508-1900)*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2007.

La Real Fortaleza o El Palacio de Santa Catalina. Oficina de Guías Turísticas. La Fortaleza. [Folleto] San Juan, 2008.

Iglesia de San José. Vista desde el andamio. Catálogo de Exhibición. Ed. Jorge Rigau. Proyecto de Conservación de Iglesia San José. 2007

Ricardo Alegría, [Introducción] en Jorge Ramos Caro, *San Juan, antes y después*. [Edición de autor] 2006.

José S. Alegría. *San Juan, ciudad encantada*. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 2000.

Carmen Dolores Hernández. *Ricardo Alegría. Una vida*. Guaynabo: Plaza Mayor, 2002.

Milagros Flores Román, Historiadora. [Sobre las fortificaciones de San Juan] Personal del Sitio Histórico Nacional de San Juan: <http://www.nps.gov/archive/saju/nps-spa/saw2.html>

María de los Ángeles Castro Arroyo. *La Real Fortaleza de Santa Catalina*. Ed. Patronato de Santa Catalina, 2005

Notas de José Julián Acosta de *La Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista* de Fray Iñigo Abbad y Lasierra. San Juan, Imprenta y Tipografía Librería de Acosta. 1866, página 219.

Entrevistas con Olga Llompert, guía del Palacio de Santa Catalina; Ricardo Alegría, arqueólogo y fundador del ICP; María Elena González, coordinadora del Proyecto de Restauración de la Iglesia San José; María de Lourdes Massas, feligresa de la Iglesia San Francisco y Juan Ramón Fernández, músico y empresario sanjuanero, entre otros amables vecinos de la ciudad.

El texto sobre la Iglesia San José se consultó con la Arq. Beatriz del Cueto, del Proyecto de Conservación de la Iglesia San José.



